



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Grado en Historia

**EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE ANTONIO GRAMSCI
Y SU ACTUALIDAD**

*THE POLITICAL THOUGHT OF ANTONIO GRAMSCI AND ITS
TOPICALITY*

Autor: JAIRO FERNÁNDEZ ALONSO

Director: CARLOS NIETO BLANCO

Curso 2016/2017

ÍNDICE

Índice	Pág. 1
Presentación	Pág. 2
Abstract	Pág. 2
Palabras clave / Keywords	Pág. 2
1. Gramsci en su contexto	Pág. 3
2. La autonomía relativa de la política	Pág. 12
2.1. El ejercicio del poder. Bloque histórico y hegemonía.....	Pág. 14
2.2. ¿Qué hacer? El príncipe moderno y la guerra de posiciones.....	Pág. 21
3. Gramsci después de Gramsci: legado y actualidad.....	Pág. 31
3.1. Marxismo occidental y eurocomunismo.....	Pág. 31
3.2. Posmarxismo y populismo.....	Pág. 35
Conclusiones.....	Pág. 41
Bibliografía.....	Pág. 42

PRESENTACIÓN

En este trabajo nos vamos a ocupar de los núdulos principales del pensamiento político elaborado por el italiano Antonio Gramsci (1891-1937) y por su particular legado que lo ha mentenido como un tema de actualidad hasta nuestros días. Los conceptos clave de hegemonía, bloque histórico e intelectual orgánico han nutrido buena parte de los debates políticos e historiográficos de la segunda mitad del siglo XX, insinuándose también como un factor clave en los albores del XXI. Pese a la pertenencia de Gramsci a una tradición política, el comunismo leninista, que ha entrado en claro declive tras el derrumbe del Bloque del Este en 1991, sus lineamientos no solo parecen no haberse resentido sino que al contrario han cobrado nuevo vigor e interés entre los especialistas. Analizaremos en qué contexto fueron producidos, cómo delimitarlos y por qué ocupan esa centralidad analítico-discursiva aún hoy.

ABSTRACT

In this paper we are going to focus on the main nodes of political thought developed by the Italian Antonio Gramsci (1891-1937) and his particular legacy that has kept him as a current topic until today. The key concepts of hegemony, historic bloc and organic intellectual have nurtured much of the political and historiographic debates of the second half of the 20th century, also insinuating itself as a key factor in the dawn of 21st. In spite of Gramsci's membership in a political tradition, leninist communism, which has come into clear decline after the collapse of Eastern Bloc in 1991, its guidelines not only do not seem to have not resented but instead have gained new vigor and interest among specialists. We will analyze in what context they were produced, how to delimit them and why they occupy this analytic-discursive centrality even today.

PALABRAS CLAVE: Gramsci, hegemonía, bloque histórico, pensamiento político

KEYWORDS: Gramsci, hegemony, historic bloc, political thought

1. GRAMSCI EN SU CONTEXTO

“Italia fue la primera nación que se convirtió en país capitalista. El ocaso de la Edad Media feudal y la aurora de la época capitalista contemporánea vieron aparecer en escena una figura gigantesca. Dante fue al mismo tiempo el último poeta de la Edad Media y el primer poeta de la nueva era. Hoy, como en 1300, se alza en el horizonte una nueva época. ¿Daré Italia al mundo otro Dante, capaz de cantar el nacimiento de la nueva era, de la era proletaria?”

(ENGELS, 1893)¹

El tema que hemos decidido abordar tiene una alta carga individual y biográfica: a fin de cuentas, vamos a hablar de la producción intelectual de un individuo en concreto. Sin embargo, resulta inseparable -como él mismo y su tradición filosófica enfatizan- dicho pensamiento autónomo de la realidad social, política y en definitiva histórica del contexto que le rodeó y le configuró.

Gramsci fue un sardo, un italiano, un europeo de entreguerras, un intelectual y un comunista². Y transversalmente a todo ello, y como resultado de esa suma de circunstancias, fue también un preso. No debemos entender ninguna de estas como una mera etiqueta de adscripción étnica o ideológica: queremos aquí llamar la atención sobre los procesos sociales en los que se vio envuelto y con los que estableció la relación dialéctica de ser tanto objeto como sujeto.

En primer lugar, fue sardo. Nacido en Ales el 22 de enero de 1891, su isla era una de las zonas más atrasadas de Italia. Tenía una economía escasamente desarrollada, como todo el sur del país (el llamado Mezzogiorno), en lo que constituía una clara fractura nacional a todos los niveles -cultural, económico, político-. La realidad de Cerdeña le hubo de marcar sin duda, pues su primera militancia política se dio en el seno del nacionalismo sardo. En una carta de otoño de 1926, Gramsci reflexiona así sobre la configuración social y económica de la Italia meridional:

1 ENGELS, Friedrich. “Al lector italiano” en *Marx*. Jacobo Muñoz intr y sel. Madrid: Gredos, 2012. Pág. 384

2 Para los datos biográficos que aquí exponemos, así como de contexto intelectual, véase SACRISTÁN, Manuel, *El Orden y el Tiempo*, Madrid: Trotta, 1998; HOBBSBAWM, Eric. *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona: Crítica, 2011, pp. 319-324; LASO PRIETO, José María. *Introducción al pensamiento de Gramsci*. Gustavo Bueno intr., Madrid: Ayuso, 1973, pp. 28-33; y SCHECTER, Darrow, *La historia de la izquierda desde Marx hasta nuestros días*, Madrid: Tecnos, 2014, pp. 66-77

“El Mediodía puede definirse como una gran disgregación social; los campesinos, que son la gran mayoría de su población, no tienen ninguna cohesión propia. (Está claro que hay que introducir excepciones: En Apulia, Cerdeña y Sicilia, que tienen características especiales dentro del gran cuadro de la estructura meridional.) La sociedad meridional es un gran bloque agrario constituido por tres estratos sociales: la gran masa campesina amorfa y disgregada, los intelectuales de la pequeña y media burguesía rural, los grandes propietarios terratenientes y los grandes intelectuales.”³

Igualmente debió de influir en la elaboración de su pensamiento la comparativa entre ese entorno agrario y campesino y la ciudad nortea de Turín, a donde se trasladó en 1911 para ir a la Universidad y estudiar Filosofía y Lingüística. En contraposición a Cerdeña, Turín era un centro industrial y obrero de primer orden. Por eso señalamos que Gramsci también era italiano: miembro de una nación que se había configurado como unidad política solo veinte años antes de su nacimiento. Italia tenía una serie de particularidades únicas, solo comparables en cierto sentido a España. A la brecha sur-norte, muestra clara del desigual desarrollo del capitalismo, cabe sumar una trayectoria histórica que la había situado como vanguardia de la economía de mercado en los siglos XV y XVI, papel que decayó rápidamente en favor de otras potencias. La unificación en la segunda mitad del siglo XIX había dejado muchas tareas pendientes y, en suma, la política y su estudio se habían convertido a lo largo de estos avatares en materia de debate nacional. No hay que olvidar que Italia fue la patria de la ciencia política, en tanto en cuanto fue el hogar de su patriarca: Maquiavelo. Gramsci, como italiano, se siente conectado con la tradición intelectual inaugurada por Maquiavelo, a quien recurre frecuentemente. De él va a decir en los *Cuadernos de la cárcel*:

“Maquiavelo escribió libros de “acción política inmediata”, no escribió una utopía en la que se contemplara un Estado ya constituido, con todas sus funciones y sus elementos constituidos. En su tratamiento, en su crítica del presente, manifestó conceptos generales, que por lo tanto se presentan en forma aforística y no sistemática, y expresó una concepción del mundo original, que podría también ella llamarse “filosofía de la praxis” o “neohumanismo” en cuanto que no reconoce

3 GRAMSCI, Antonio. *Antología*. Manuel Sacristán sel., trad. y notas. México DF: Siglo Veintiuno, 1978. Pág. 193

elementos trascendentales o immanentes (en sentido metafísico), sino que se basa toda ella en la acción concreta del hombre que por sus necesidades históricas actúa y transforma la realidad.”⁴

Así pues, sitúa a Maquiavelo y su filosofía, así como al antimachiavelismo, como una postura esencialmente histórica ligada al contexto de construcción nacional que atravesaba Italia durante el Renacimiento. Llama la atención también, a este respecto, la equiparación que hace entre Maquiavelo y Marx como “filósofos de la praxis”.

No hay que perder de vista que históricamente Gramsci era un europeo de entreguerras: desarrolló el grueso de su actividad en ese mundo de posguerra mundial, y además en un país que resultó derrotado *de facto* pese a situarse en el bando de los vencedores. La decepción italiana, que consistió en no obtener ganancias territoriales y sí una experiencia traumática para su población, ahondó el conflicto social y sirvió de caldo de cultivo para la organización y difusión del movimiento obrero, inspirado por lo que sucedió en Rusia en 1917. El partido vertebrador del obrerismo italiano era el Partito Socialista Italiano (en adelante, PSI), fundado en 1892 y miembro de la II Internacional. Gramsci ingresó en el PSI en 1913, desde donde se familiarizó con los debates y los retos a los que se enfrentaba la izquierda de su tiempo. El núcleo duro de los debates giraban en torno a la reforma o la revolución. La inevitabilidad de la llegada del socialismo y la idea fatalista de su advenimiento eran común a reformistas y revolucionarios dentro del PSI⁵. Desde el punto de vista reformista, la consecuencia inevitable de una sociedad más justa y libre de alienación se daría tras una serie de sucesivas medidas adoptadas evolutivamente desde el poder institucional, encaminando la sociedad hacia el socialismo democrático. Para los revolucionarios, el seguro desenlace era la ruptura violenta con la sociedad capitalista, desgarrada por sus contradicciones. El reformismo había definido su identidad en torno a *Socialismo evolutivo* (1890), un libro en el que el socialdemócrata alemán Eduard Bernstein venía a cuestionar varias tesis principales del pensamiento de Karl Marx. El corazón de estas críticas residía en su cuestionamiento de la teoría del valor-trabajo, sobre la que se edifica la economía marxista, y de la creciente división de la sociedad en dos grandes clases contrapuestas. Por contra, ponía el acento en la existencia de clases medias en los países con un elevado desarrollo capitalista. También va a renegar de la idea de que el

4 GRAMSCI, A. *Cuadernos de la cárcel. Compilación*. Buenos Aires: Cátedra de M. Thwaites Rey. Pág. 9

5 Para una exposición de los planteamientos de reformistas y revolucionarios en la Italia de Gramsci, véase lo expuesto por SCHECTER, Darrow, *La historia de la izquierda desde Marx hasta nuestros días*, Madrid: Tecnos, 2014, pp. 66-67

capitalismo esté programado para destruirse o vaya a generar, por sus propias dinámicas materiales, una gran conciencia revolucionaria. En oposición, sostiene que la conciencia obrera necesaria para liderar y construir un nuevo horizonte de justicia social debe lograrse a través de graduales reformas y labor pedagógica para ir elevando el nivel intelectual y material de las masas. En Italia, los reformistas que adoptaron estas posiciones estaban liderados por Filippo Turatti. Defendieron la idea de que serían conquistas graduales las que irían formando a los trabajadores en la comprensión del mundo y de la sociedad, incluyendo la esfera de la producción y la economía. La llegada de este tipo de ideas va a jugar un rol decisivo en la llamada “crisis del marxismo”⁶ del cambio de siglo, cuando gran parte de sus presupuestos tradicionalmente aceptados, cuando no sus mismas bases, se van a ver cuestionados y debatidos por un amplio sector de intelectuales.

En un sentido más específicamente nacional, el movimiento obrero en Italia, debido a la brecha nacional de la que hablamos antes, integraba a los campesinos del sur agrario y los obreros del norte industrial. He aquí otro de los caminos que lleva a Gramsci hacia el planteamiento de un marco de lucha y discurso “nacional-popular” que tome muy en cuenta la estructura concreta del poder del país. Más adelante ahondaremos en este aspecto.

La derrota moral italiana en la guerra también alimentó una contraparte del socialismo nacionalista y autoritaria, vertebrada en torno a los excombatientes de la guerra y a un liderazgo fuerte y carismático, que acabaría configurando el fascismo. De hecho, gran parte de las preocupaciones de Gramsci van ligadas al hecho de que sea este fenómeno político y no el socialismo o comunismo el que finalmente consiguiera alcanzar el poder en Italia.

Si hacemos caso al propio método analítico empleado por Gramsci, el marxismo, hay que prestar atención a la clase social a la que pertenecía nuestro autor a la hora de intentar comprenderle. Por tanto, también hemos de detenernos en Gramsci como intelectual, es decir, como trabajador cuyo objeto era la elaboración de ideas y no un proceso de producción material. Era, como lo fue Marx en su tiempo, un filósofo y un periodista, facetas entremezcladas y de difícil separación. A su vez, esta ocupación venía trenzada con su compromiso político.

No se puede obviar que la cultura política a la que se adhería le ponía en inevitable diálogo con Marx, pero es curioso recordar lo que apuntó en 1917 en su famoso artículo *La revolución contra El Capital*, a propósito de los bolcheviques tras la reciente revolución en

6 Para la crisis del marxismo véase HOBBSBAWM, Eric. *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona: Crítica, 2011, págs. 221 y 223. Allí menciona como puntales de este momento del pensamiento a Struve, Berdyayev, Tugan-Baranowsky, Sombart, Michels y Bernard Shaw junto a Croce.

Rusia en el mes de febrero [la cursiva es nuestra]:

“No son marxistas, eso es todo; no han compilado en las obras del Maestro una doctrina exterior de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, lo que no muere nunca, *la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, contaminado en Marx de incrustaciones positivistas y naturalistas*. Y este pensamiento sitúa siempre como máximo factor de historia no los hechos económicos, en bruto, sino el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se acercan unos a otros, que se entienden entre sí, que desarrollan a través de estos contactos (civilidad) una voluntad social, colectiva, y comprenden los hechos económicos, los juzgan y los condicionan a su voluntad, hasta que esta deviene el motor de la economía, plasmadora de la realidad objetiva, que vive, se mueve y adquiere carácter de material telúrico en ebullición, canalizable allí donde a la voluntad place, como a ella place.”⁷

Así pues, el marxismo de Gramsci es heterodoxo y poliédrico. Frente a la concepción esquemática del marxismo como último eslabón de una cadena evolucionista en la cual el hombre comprende cada vez mejor el mundo hasta llegar a los planteamientos de Marx, que por científicos son ciertos y casi definitivos, Gramsci dice que hay una tradición idealista previa que en Marx “se contamina”. Nos resulta inevitable recordar en esto un cierto aroma al joven Marx, previo a la ruptura epistemológica que Althusser planteaba, quien todavía habla del “ser humano” como hace aquí Gramsci. Por otra parte, no creemos que esa “contaminación” que Gramsci plantea sea un concepto inevitablemente negativo, pero sí pone el acento en la historicidad del pensamiento de Marx y su condicionamiento por parte del entorno filosófico de su tiempo.

El italiano viene a rechazar la visión maquinal, fría y ortodoxa de la filosofía marxista. Se distanciará de la concepción determinista de la infraestructura económica que mecánicamente genera la superestructura política, propia del marxismo de la II Internacional, para examinar el problema de la conciencia, de la ideología. Y así, Gramsci se va a convertir en el primer teórico político del marxismo, el primero que va a sistematizar una visión de la política desde ese lugar del pensamiento occidental⁸.

7 GRAMSCI, A. *Antología*. Manuel Sacristán sel., trad. y notas. México DF: Siglo Veintiuno, 1978. Pp. 34-35.

8 Sobre la caracterización de la importancia de Gramsci en torno a esta cuestión, debemos señalar lo dicho por Hobsbawm (“Y esto me lleva a la cuestión principal, a saber, que la mayor contribución de Gramsci al

El marxismo de la II Internacional tendía mucho a las categorizaciones pretendidamente científicas, pero en Italia este rasgo estaba particularmente acentuado. Achille Loria y Enrico Ferri esquematizaron el materialismo histórico como una suerte de positivismo ramplón con pretensiones científicas de absoluta veracidad.⁹ Estos planteamientos tenían un precedente claro en ciertos textos de Engels y su simplificación divulgativa del marxismo¹⁰.

Por contra, Gramsci incide en el hombre como actor y constructor al mismo tiempo de la Historia, en la continua relación de igual a igual entre pensamiento y realidad, y a categorizar la concepción del mundo de una época determinada como el resultado trenzado de teoría y práctica. Este planteamiento lo llevó al punto de insinuar que lo objetivo puede no ser otra cosa que lo histórico y universalmente subjetivo¹¹.

En el marco de la crisis del marxismo, filósofos como Benedetto Croce (1866-1952)¹², que se convertiría en uno de los grandes referentes intelectuales de la Italia del momento, cuestionaron las bases del conocimiento de la filosofía marxista. Croce criticó el excesivo interés por configurar el materialismo histórico como una visión totalmente científica y objetiva, reivindicando una cierta tradición idealista de la realidad como dualidad objetividad-subjetividad. Con Croce, Gramsci polemizaría hasta el punto de que uno de los dos únicos textos que conseguiría escribir con cierta coherencia en el desarrollo mientras estuvo en la cárcel fue *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, llamado por él mismo el *Anti-Croce*¹³. Sin embargo, le rinde un tributo intelectual en los *Cuadernos* y pone de manifiesto que anticipa gran parte de su trabajo cuando escribe:

“El pensamiento de Croce debe pues, por lo menos, ser apreciado como valor instrumental, y así puede decirse que ha atraído enérgicamente la atención sobre la importancia de los hechos de cultura y de pensamiento en el desarrollo de la historia, sobre la función de los grandes intelectuales en la vida orgánica de la sociedad civil y del Estado, sobre el momento de la hegemonía y del consenso

marxismo es la de haber promovido una teoría marxista de la política”). HOBBSAWM, Eric. *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona: Crítica, 2011, pág. 324.

9 Esta valoración la encontramos en SCHECTER, D. *La historia de la izquierda desde Marx hasta nuestros días*, Madrid: Tecnos, 2014, pp. 66-67. Hay no obstante una defensa de su pensamiento partiendo de su contexto en PIÑÓN, F. *El pensamiento filosófico-político de Antonio Labriola (una herencia para Gramsci)*

10 Véase por ejemplo ENGELS, F. *Discurso ante la tumba de Marx*, 1883. (Consultado en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/83-tumba.htm>).

11 MONDOLFO, R. *Marx y marxismo*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1969, pág. 217.

12 Para Croce y su influencia en Gramsci véase SCHECTER, Darrow, *La historia de la izquierda desde Marx hasta nuestros días*, Madrid: Tecnos, 2014, pág. 67

13 Véase a este respecto TEXIER, Jacques. *Gramsci*. Barcelona: Grijalbo, 1976. Pág. 66. El otro sería el *Anti-Bujarin*

como forma necesaria del bloque histórico concreto. Que esto no es “fútil” queda demostrado por el hecho de que contemporáneamente a Croce, al más grande teórico moderno de la filosofía de la praxis en el terreno de la lucha y de la organización política, con terminología política, en oposición a las diversas tendencias “economistas” ha revalorizado el frente de lucha cultural y construido la doctrina de la hegemonía como complemento de la teoría del Estado-fuerza y como forma actual de la doctrina cuarentaiochesca de la “revolución permanente”.¹⁴

También fue decisivamente influyente el francés George Sorel (1847-1922). Alejado del reformismo, sin embargo podemos encontrar una cierta vinculación con la tendencia filosófica que abre Bernstein por cuanto señala la importancia de las cuestiones más interpretadas por el marxismo ortodoxo como “superestructurales” -esto es, la conciencia y la acción que de ella se deriva fundamentalmente-. En 1908 escribe *Reflexiones sobre la violencia*, donde plantea que, de hecho, el capitalismo es potencialmente reformable, pero también que la “ruptura” o “división” proletaria respecto a la burguesía solo se realiza en la lucha contra ella. Sorel va también a aventurar que la violencia es un interesante agregador para la transformación social, ya que conduce hacia la transgresión de las normas establecidas y de la preservación del propio beneficio. Así pues, desde un sindicalismo revolucionario, este autor interpela al movimiento obrero invitándole a conectar con lo básico de la revuelta. Hay influencia de Nietzsche en su pensamiento, por cuanto se habla de una cierta “voluntad de poder” que gira en torno a las clases como “bloques” que reagregan en torno a sí, imponiendo su idea del mundo, a la sociedad en descomposición¹⁵.

Finalmente, hay que señalar a Antonio Labriola (1843-1904)¹⁶ como gran influencia para Gramsci. Ante la situación de crisis filosófica que atravesaba el pensamiento marxista, Labriola opta por recordar las raíces hegelianas del mismo, y la cuestión de la mediación hombre-naturaleza. Por tanto, va a ser un crítico de las posturas pseudocientíficas y de afán positivista que hegemonizaban el marxismo. Donde Labriola nos da más pistas de lo que después supondrá Gramsci es en su visión de lo que para los ortodoxos es mera

14 GRAMSCI, A. *Cuadernos de la Cárcel, Volumen IV*. Valentino Gerratana, ed. México D.F.: Ediciones Era, 1986. Pág. 135

15 Sobre Sorel y su pensamiento véase LACLAU, E. y MOUFFE, C. *Hegemony and socialist strategy*. 2ª Ed Londres: Verso, 2001, pp. 36-42; o SCHECTER, Darrow, *La historia de la izquierda desde Marx hasta nuestros días*, Madrid: Tecnos, 2014, pp. 67-68

16 Para Labriola véanse LACLAU, E. y MOUFFE, C., Ídem, pp. 25-27 y SCHECTER, D., Ídem, pp. 68-69

superestructura, esto es, la esfera política, como algo con autonomía relativa y posibilidad de transformación y movimiento al margen de la economía. Pese a lo señalado anteriormente, no reclama una renuncia al marxismo y un simple retorno a su precedente hegeliano, sino que simplemente pone en valor el papel y la relevancia de la conciencia. Frente al mecanicismo también elige la idea de la emancipación humana como opción de futuro, pero no como ineludible certeza. Acepta el devenir histórico como camino en el que las fuerzas productivas van modificando la estructura de la sociedad misma, pero solo con el factor subjetivo de la conciencia se podría aprovechar esa circunstancia para empujar el fin del capitalismo. Es cierto que en Labriola falta concreción sobre el modo preciso de construir esa voluntad de cambio, pero lo importante es que plantea un nuevo marco intelectual que trasciende en cierto sentido el propio marxismo tal y como era entendido hasta entonces para plantear un camino nuevo, que es el que transitará Antonio Gramsci. En este sentido cabe la analogía entre lo que Labriola supuso para el sardo y lo que Feuerbach supuso para Karl Marx tiempo antes¹⁷. Resulta entonces que Labriola se convierte en la punta de lanza de los planteamientos que analizaremos a más adelante.

En conclusión, podemos ver a la intelectualidad socialista de este tiempo enfrascada en una reflexión colectiva. Frente al fatalismo mecanicista, pues, está la idea de que es la voluntad humana organizada la que, partiendo del contexto, debe transformar la realidad.

Finalmente, hay que entender a Antonio Gramsci como comunista. Es decir, como parte de esa facción histórica que tras la llegada de los bolcheviques al poder en Rusia se separa del camino reformista emprendido por la socialdemocracia europea y apuesta por la audacia revolucionaria. Sin embargo es obligatorio destacar que Gramsci entiende dicha audacia no como sectarismo radical sino como contraposición al dogmatismo hegemónico en los partidos socialistas, a esa visión del advenimiento del socialismo como un hecho que vendría inscrito en la propia lógica de los acontecimientos.

En el distanciamiento entre socialistas y comunistas en el marco concreto de Italia fue crucial el llamado *biennio rosso* de 1919-1920. Los obreros del norte, particularmente los afiliados a organizaciones anarcosindicalistas, ocuparon sus fábricas y se organizaron en consejos, siguiendo el ejemplo de los soviets. El movimiento fue desmantelado en gran medida debido a su división interna y falta de coordinación. Este proceso generó fuertes tensiones entre los sectores del PSI que apostaban por las reformas laborales y los que defendían la toma del poder por parte de la clase obrera¹⁸.

¹⁷ La analogía no es nuestra sino de SCHECTER, ídem, pág. 69.

¹⁸ Respecto al *bienio rosso* y la actitud de Gramsci frente a él véanse sus textos al respecto *Democracia obrera*,

Gramsci estuvo cercano a esta oleada desde el periódico *L'Ordine nuovo*, co-fundado por él en Turín en 1919 y que serviría de embrión para el comunismo italiano¹⁹. En 1921, Gramsci va a participar en la fundación del Partido Comunista de Italia (en adelante PCdI) en la ciudad de Livorno, quedando como secretario general Amadeo Bordiga. Son estos los años en los que el fascismo crece, granjeándose una reputación de partido de la estabilidad al reprimir por la vía de la violencia cualquier intento revolucionario del estilo del *biennio rosso*. Mussolini alcanzó el poder el 31 de octubre de 1922, si bien aún tardó unos años en transformar Italia en un régimen totalitario. Ante esta crisis, la Internacional Comunista favoreció en el seno del PcdI la línea favorable a un entendimiento con elementos del PSI, dejando en minoría a Bordiga. Este fue además detenido en febrero de 1923. Así, los acontecimientos llevaron a Gramsci a convertirse en secretario general del Partido Comunista. En las elecciones de 1924 Gramsci obtuvo un escaño de diputado, pero la escalada represiva del régimen fascista inició el desmantelamiento de cualquier oposición. El momento cumbre llegó con el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti el día 10 de junio, que llevó a la denominada “secesión del Aventino” como intento de rebelión parlamentaria. Fracasada esta, el nuevo régimen quedó consolidado y la posición de Gramsci se tornó significativamente vulnerable. En 1926, fue detenido y condenado al destierro en Ustica. Posteriormente juzgado, se le condenó a la pena de cárcel que tuvo que cumplir en la prisión romana de Regina Coeli. No saldría de allí hasta su muerte en 1937.

Así llegamos a la última identidad que caracteriza a Gramsci: la de preso. Como prisionero, enfermo y encerrado en su celda, es como elaboró la obra en la que desarrolla todos los aspectos que hemos decidido tratar aquí: el bloque histórico, la hegemonía cultural; la teoría política en definitiva. No deja de llamar la atención que pudiese escribir semejante obra, los llamados *Cuadernos de la cárcel*, en tan limitadas condiciones y con el acceso a fuentes bibliográficas severamente limitado por el director de su prisión. Lo que observamos como resultado son miles de páginas que no siguen exactamente un relato temático coherente, sino que van explorando diferentes asuntos en torno a ejes temáticos que le preocupan (la historia intelectual de Italia fundamentalmente). Al leerle podemos ver cómo la circunstancia de

A los comisarios de sección de los talleres Fiat-centro y patentes, El consejo de fábrica o El movimiento torinés de los consejos de fábrica, recogidos en GRAMSCI, A. *Antología*. Manuel Sacristán sel., trad. y notas. México DF: Siglo Veintiuno, 1978. Pp. 58-62, 62-66, 77-82 y 82-93, respectivamente. Para la influencia decisiva que tuvo en la construcción de su pensamiento político, véase SACRISTÁN, Manuel, *El Orden y el Tiempo*, Madrid: Trotta, 1998. Pp. 132-140

¹⁹ Para los datos biográficos de esta etapa final de su vida, nos remitimos a las referencias dadas anteriormente, y también a las *Tablas de datos y fechas* recogidas en GRAMSCI, A. Ídem.

elaborar este trabajo en cautividad le obliga a adoptar el llamado “lenguaje de Esopo”²⁰, esto es, el uso de sinónimos y otros subterfugios para burlar la censura. Por ejemplo, “marxismo” es sustituido por “filosofía de la praxis”, y toda referencia explícita al comunismo y al PCI desaparece. También recurre a la italianización de los nombres soviéticos. Stalin (Iósif Vissariónovich) se convierte en Giuseppe Bessarione; mientras que a Trotsky le llama por su apellido original (Bronstein). En cuanto al estilo literario, abundan las metáforas militares y las continuas referencias a la historia nacional italiana.

Como fuente para nuestro trabajo hemos escogido las antologías de su producción literaria que engloban lo más destacado de su obra en esta etapa, tanto de los mismos *Cuadernos* como de las *Cartas* que escribió desde su encierro.

2. LA AUTONOMÍA RELATIVA DE LA POLÍTICA

“Él respondió y dijo: Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.”

(Mt 4:4)

El marco general en el que se inscriben las ideas-fuerza y los frutos más significativos del trabajo de Gramsci es sin duda el enfoque de la transformación social y de las estructuras de poder desde el ámbito puramente político dentro del marxismo.

La idea de la esfera política como una fuerza que puede constituirse con una cierta independencia respecto a su estructura económica es un tema que Marx adelanta en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. En su trabajo sobre el ascenso de Luis Napoleón III, Marx observó [la cursiva es nuestra]:

“Pero bajo la monarquía absoluta, durante la primera revolución, bajo Napoleón, la burocracia no era más que el medio para preparar la dominación de clase de la burguesía. Bajo la restauración, bajo Luis Felipe, bajo la república parlamentaria, era el instrumento de la clase dominante, por mucho que ella aspirase también a su propio poder absoluto.

²⁰ La expresión está recogida en LASO PRIETO, José María. *Introducción al pensamiento de Gramsci*. Gustavo Bueno intr., Madrid: Ayuso, 1973, pág. 29

Es bajo el segundo Bonaparte *cuando el Estado parece haber adquirido una completa autonomía. La máquina del Estado se ha consolidado ya de tal modo frente a la sociedad burguesa*, que basta con que se halle a su frente el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre, un caballero de industria venido de fuera y elevado sobre el pavés por una soldadesca embriagada, a la que compró con aguardiente y salchichón y a la que tiene que arrojar constantemente salchichón. De aquí la pusilánime desesperación, el sentimiento de la más inmensa humillación y degradación que oprime el pecho de Francia y contiene su aliento. Francia se siente como deshonrada.

Y, sin embargo, el poder del Estado no flota en el aire. Bonaparte representa a una clase, que es, además, la clase más numerosa de la sociedad francesa: los campesinos parcelarios.”²¹

Así pues, el ascenso de Luis Napoleón no solo no se debería al interés directo de la clase dominante, sino que representa a una clase social aparentemente subalterna (los campesinos con propiedades). Implícitamente, vemos que Marx se distancia de (o mejor dicho, que matiza y sitúa en un contexto determinado) su tesis del *Manifiesto* de que el Estado “no es otra cosa que un comité que administra los negocios comunes de la clase burguesa, globalmente considerada”²², abriendo la puerta a una “desmecanización” de su pensamiento. Gramsci va a seguir esa brecha abierta en la imagen monolítica del marxismo para ocuparse de lo que le vamos a leer llamar aspectos morales, ideológicos, ético-políticos (siguiendo a Croce) etc. Todo ello, claro está, sin renunciar a esta instancia económica como fundamento de la sociedad. Lo que niega es que sea una ecuación cerrada en la cual lo uno -economía- debe llevar directamente a lo otro -política-. La economía, con su desarrollo, “condiciona” o “limita”, hasta cierto punto, el abanico de posibilidades políticas, pero no determina decisivamente su configuración concreta. Quizá el tener que presenciar como el desarrollo económico y productivo de Italia empujaba a la sociedad hacia una estructura política de corte fascista en vez de socialista, fue para Gramsci un importante factor a la hora de fundamentar y desarrollar estas tesis.²³ Planteándolas, Gramsci se ve como un “restaurador” del verdadero

21 MARX, K. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Fundación Federico Engels, 2003. Pp. 108-109.

22 MARX, K. Y ENGELS, F. *Manifiesto del Partido Comunista*, en Marx. Jacobo Muñoz intr y sel. Madrid: Gredos, 2012. Pág. 317

23 Esta observación no es nuestra sino de SCHECTER, Darrow, *La historia de la izquierda desde Marx hasta nuestros días*, Madrid: Tecnos, 2014, pág. 69.

Marx, mucho más matizado y complejo de lo que los mecanicismos revolucionario y reformista querían presentar. En los *Cuadernos*, se puede leer:

“La pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de presentar y exponer toda fluctuación de la política y de la ideología como expresión inmediata de la estructura tiene que ser combatida en la teoría como un infantilismo primitivo, y en la práctica hay que combatirla con el testimonio auténtico de Marx, escritor de obras políticas e históricas concretas. A este respecto son de especial importancia el *18 Brumario* y los escritos acerca de la Cuestión oriental, pero también otros (*Revolución y contrarrevolución en Alemania*, *La guerra civil en Francia* y otros menores). Un análisis de esas obras permite fijar mejor la metodología histórica marxista, integrando, iluminando e interpretando las afirmaciones teóricas dispersas por todas las obras.”²⁴

El pensamiento desplegado por Gramsci en los *Cuadernos* cubre no pocos aspectos, pero sus grandes aportaciones a la ciencia política son sin duda el desarrollo de dos conceptos fuertemente relacionados entre sí. De un lado, la idea de “bloque histórico”, como armazón social e intelectual donde una clase o varias somete a otras a la vez que las integra en su proyecto de país o de sociedad. Y del otro el de “hegemonía cultural”, que sería precisamente el mecanismo por el cual esas clases dominantes consiguen afianzar su dominio sin recurrir exclusivamente a la represión. En torno a estos dos, como elemento que posibilita la realización del primero a través del segundo, están los intelectuales y su rol social y político, que sería precisamente lo que les define como tales.

2.1. EL EJERCICIO DEL PODER. BLOQUE HISTÓRICO Y HEGEMONÍA

Gramsci, en tanto que marxista y comunista, comparte la idea de la lucha de clases. Esto es, que la historia viene atravesada por la pugna de grupos económicos con distintos intereses por imponer el suyo. Sin embargo, se aleja de la idea ortodoxa del Estado como dictadura de una clase determinada. Frente a esta visión esquemática, va a delinear la idea de “bloque

24 GRAMSCI, A. *Antología*. Manuel Sacristán sel., trad. y notas. México DF: Siglo Veintiuno, 1978. Pág. 276

histórico”. El bloque histórico es la suma de unas clases dominantes históricamente unidas en sus intereses, y de las clases subalternas que aceptan su escala de valores y forma de entender el mundo como si fuesen universales²⁵. Esta noción emana de la fusión de la idea de “bloque”, presente en Sorel, con la “hegemonía” de raigambre leninista²⁶.

Así, el bloque histórico fusionaría en su mismo ser la estructura económica de poder y la superestructura ideológica de la clase dominante, que lo legitima y afirma. A este respecto Gramsci incide en no imaginar que uno de los dos aspectos determina el otro, siendo una realidad orgánica interdependiente. Aquí es donde emerge uno de los temas que ocupa un lugar central de su obra: el rol de los intelectuales para modelar y defender la cosmovisión que corresponde a una determinada clase social, de modo que impregne al bloque histórico y le dote de sentido. A la imposición aceptada de una ideología que obedece a los intereses particulares de una clase (dominante) por la mayoría de las clases subalternas, es a lo que Gramsci llama “hegemonía”, concepto de vital importancia que analizaremos en el siguiente apartado. Si la hegemonía se realiza, hay bloque histórico.

El bloque histórico, entonces, y contra la impresión que podría producir su nombre, no es una alianza entre clases dominantes, sino esa organicidad entre dominantes y dominados a través de la hegemonía desplegada por medio de los intelectuales. Así pues, hay claramente un “arriba” y un “abajo” en dicho bloque, pero tienen que estar en continua relación para no quebrarse. Citemos este texto a propósito del mecanicismo económico como ejemplo de la concepción gramsciana:

“Es extraña, como mínimo, la actitud del economicismo hacia las expresiones de voluntad, de acción y de iniciativa política e intelectual, como si estas no fuesen una emanación orgánica de necesidades económicas o, incluso, la única expresión eficiente de la economía; es incongruente, por tanto, que el planteamiento concreto de la cuestión hegemónica se interprete como un hecho que subordina el grupo hegemónico. El hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tenga en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejercerá la hegemonía, que se forme un cierto equilibrio de compromiso, es decir, que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico-corporativo; pero

25 Así queda definido en GRISONI, Dominique y MAGGIORI, Robert. *Leer a Gramsci*, Madrid: ZERO, 1974, Pág.153

26 La genealogía del concepto aparece en LACLAU, E. y MOUFFE, C. *Hegemony and socialist strategy*. 2ª Ed Londres: Verso, 2001, pág. 42

también es indudable que estos sacrificios y este compromiso no pueden referirse a lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica.”²⁷

En primer lugar, podemos apreciar en este fragmento el concepto de ser humano que encontramos en Gramsci: condicionado por la sociedad, sí, pero actor principal de su historia en tanto que artífice de la misma. “Las expresiones de voluntad, de acción y de iniciativa política e intelectual”, entonces, son “incluso, la única expresión eficiente de la economía”, no una especie de planta superior mecánicamente adosada o subordinada a aquella. En palabras de Macciocchi, “se trata de una manera de concebir lo objetivo, que anula la oposición especulativa entre objetivo y subjetivo”²⁸.

En segundo lugar, podemos extraer que en el bloque histórico la clase que dirige la economía tiene que establecer ese “equilibrio de compromiso” con aquellos sobre los que ejerce su poder, y más aún: ha de “tener en cuenta sus intereses”. Podemos afirmar que el bloque histórico es precisamente la consolidación del equilibrio de compromiso alcanzado entre los intereses de los dominantes y los de los dominados, partiendo del hecho de que no dejen de desempeñar cada uno dicho rol en la relación de poder-subalternidad. Recordemos al Luis Napoleón que Marx ve como representante de los “campesinos parcelarios” -clase dominada en lo esencial- en su acceso al poder y entenderemos mejor la óptica de Gramsci en este aspecto.

Respecto al bloque histórico hay que señalar la visión de Gramsci del marco nacional como irrenunciable, ya que las condiciones históricamente concretas de un desarrollo determinado en ese marco moldean y configuran a las clases dominantes que detentan el poder en él, y por tanto también condicionan decisivamente su alternativa. Es así que en sus análisis nos encontramos constantes referencias a la historia nacional de Italia y de sus clases sociales, como veremos a continuación.

Volvamos a la noción de hegemonía cultural. Si hay un tema fundamental en la aportación de Gramsci al pensamiento marxista y, en general, al pensamiento político, es la consideración y desarrollo de este término. Alejándose de la categorización estrecha que el Marx del *Manifiesto* había hecho del Estado como “dictadura de clase”, categorización que había

27 GRAMSCI, A. *La política y el Estado moderno*. Diario Público, 2009. Pág 115

28 MACCIOCCHI, Maria Antonietta. *Gramsci y la revolución de Occidente*. Madrid: Siglo XXI de España, 1976. Pág. 223

recibido un gran predicamento en la II Internacional, Gramsci concibe el poder estatal como un centauro, siguiendo la metáfora de Maquiavelo. Sería así un ente con una parte “animal” (es decir, coactiva), pero también con una parte “humana”: el consenso. Así, la hegemonía cultural supondría la capacidad de una clase de realizarse en un bloque histórico mediante el condicionamiento de la cultura, el modo de pensar y la escala de valores de una sociedad históricamente determinada.

La noción de hegemonía, lejos de ser inventada por Gramsci, había sido frecuentemente empleada por el movimiento socialdemócrata ruso entre 1908 y 1917²⁹, en debates en los que designaba a la necesidad del movimiento obrero de liderar la revolución democrático-burguesa. Con la Revolución de Octubre, cayó en desuso, aunque en la década de los 20 los comunicados de la Internacional Comunista la emplearon ocasionalmente. La particularidad de Gramsci es tomar la noción y desarrollarla para aplicarla no solo a la necesidad obrera en Occidente de liderar a otros grupos dominados, sino también a la manera en la que la burguesía, como clase dominante, la ejerce regularmente sobre dichos grupos. La idea queda recogida y sintetizada en los *Cuadernos* cuando Gramsci escribe:

“Gucciardini afirma que hay dos cosas absolutamente necesarias para la vida de un Estado: las armas y la religión.

La fórmula de Gucciardini puede traducirse por otras varias fórmulas menos drásticas: fuerza y consentimiento; coacción y persuasión; Estado e Iglesia; sociedad política y sociedad civil; política y moral (historia ético-política de Croce); derecho y libertad; orden y disciplina; o, con un juicio implícito de sabor libertario, violencia y fraude.”³⁰

La importancia del consentimiento voluntario se puede rastrear en Gramsci cuando, el 14 de octubre de 1926, escribía una carta al Comité Central del Partido Bolchevique en Rusia. En aquella ocasión, analizando las cuestiones relacionadas con las políticas desplegadas en los últimos años del leninismo, que habían llevado al surgimiento de una pequeña burguesía haciendo peligrar, en su opinión, el carácter obrero del Estado, apuntaba:

29 Sobre la raíz leninista del concepto de hegemonía véase ANDERSON, Perry. *Las antinomias de Antonio Gramsci*. Barcelona: Fontamara, 1981. (Consultado en <http://www.anticapitalistas.org/IMG/pdf/Anderson-LasAntinomiasDeAntonioGramsci.pdf>) y también GRUPPI, Luciano. *El concepto de hegemonía en Gramsci*, México DF: Ediciones de Cultura Popular, 1978, pp. 13-25

30 GRAMSCI, A. *Antología*. Manuel Sacristán sel., trad. y notas. México DF: Siglo Veintiuno, 1978. Pág. 287

“Solo una firme unidad y una firme disciplina en el partido que gobierna al Estado obrero puede asegurar la hegemonía proletaria en régimen de NEP, o sea, en el pleno despliegue de la contradicción que hemos indicado. Pero la unidad y la disciplina no pueden ser en este caso mecánicas y obligadas; tienen que ser leales y de convicción, no las de una tropa enemiga prisionera o cercada que piensa en la evasión o en la salida por sorpresa.”³¹

Gramsci señalaba aquí la vía de la “superestructura”, de la ideología, como el camino necesario para que el Estado que se estaba construyendo en Rusia siguiera siendo un proyecto proletario, entendemos que a través de la primacía en el Partido y el gobierno de los intereses de los trabajadores soviéticos sobre los de las capas enriquecidas con la NEP.

En los *Cuadernos de la Cárcel* observamos como esta idea se reitera y expone claramente, ya sistematizada [la cursiva es nuestra]:

“Por ahora es posible fijar dos grandes «planos» sobreestructurales; el que puede llamarse de la «sociedad civil», o sea, del conjunto de los organismos vulgarmente llamados «privados», y el de la «sociedad política o Estado», los cuales corresponden, respectivamente, a la función de «hegemonía» que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y a la de «dominio directo» o de mando, que se expresa en el Estado y en el gobierno «jurídico». Estas funciones son precisamente muy organizativas y conectivas. *Los intelectuales son los «gestores» del grupo dominante* para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político, es decir: 1, *del consentimiento «espontáneo», dado por las grandes masas de la población a la orientación impresa a la vida social por el grupo dominante fundamental*, consentimiento que nace «históricamente» del prestigio (y, por tanto, de la confianza) que el grupo dominante obtiene de su posición y de su función en el mundo de la producción; 2, del aparato de coerción estatal, que asegura «legalmente» la disciplina de los grupos que no dan su «consentimiento» ni activa ni pasivamente; pero *el aparato se construye teniendo en cuenta toda la sociedad, en previsión de los momentos de crisis de mando y de crisis de la dirección*, en los cuales se disipa el consentimiento espontáneo.”³²

31 Ídem, 206

32 Íbidem, Pp. 394-395.

Vemos como Gramsci, en tanto que marxista, sigue defendiendo la visión de la sociedad como repartida en estructura y sobreestructura, y cómo hace nacer en última instancia el poder del grupo dominante del control de aquella. Sin embargo, incide en ese giro que no sólo descarta el análisis del Estado burgués -o de la clase dominante que históricamente corresponda- como mera dictadura, sino que la dictadura o coacción jurídico-política es subalterna al consenso logrado a través de la hegemonía. Esto es, que solo es necesario recurrir a ella en momentos de crisis.

También vemos cómo los intelectuales aparecen como los cuadros y artífices de la hegemonía de una determinada clase. Como una suerte de funcionarios de la clase dominante, su papel y lugar es fundar y fundir el bloque histórico a través de la ideología que desarrollan. Les llega a identificar como “gestores de la clase dominante”, transmitiendo así la idea (que aplica a la historia italiana) de que sin ellos no hay posibilidad de ejercer el poder social.

En toda su obra carcelaria, Gramsci toma a los intelectuales como uno de sus ejes temáticos preferidos. Su línea de investigación y desarrollo es la historia de los intelectuales italianos: la manera en que se forman, los intereses a los que sirven, etc. Semejante centralidad de los intelectuales en su trabajo es explicable precisamente por la noción clave de hegemonía, estableciéndose un vínculo entre unos y la otra. Así, en carta a su cuñada Tatiana Schucht de 7-IX-1931, Gramsci dice al referirse al trabajo que está realizando [la cursiva es nuestra]:

“Ese estudio me lleva también a *ciertas determinaciones del concepto de Estado*, que generalmente se entiende como sociedad política (o dictadura, o aparato coactivo para configurar la masa popular según el tipo de producción y la economía de un momento dado), y no como un *equilibrio de la sociedad política con la sociedad civil (o hegemonía de un grupo social sobre la entera sociedad nacional, ejercida a través de las organizaciones que suelen considerarse privadas, como la Iglesia, los sindicatos, las escuelas, etc.)*, y los intelectuales operan especialmente en la sociedad civil (B. Croce, por ejemplo, es una especie de papa laico, un instrumento efficacísimo de hegemonía, aunque, según las ocasiones, pueda encontrarse en choque con tal o cual gobierno, etc.). Esa concepción de la función de los intelectuales ilumina en mi opinión la razón, o una de las razones, de la caída de los municipios medievales, o sea, del gobierno de una clase económica que *no supo crearse su categoría propia de intelectuales*

*ni, por tanto, ejercer una hegemonía además de una dictadura; los intelectuales italianos no tenían un carácter popular-nacional, sino cosmopolita, según el modelo de la Iglesia, y para Leonardo era indiferente vender los planos del proyecto de fortificación de Florencia al duque Valentino.”*³³

Este fragmento nos resulta útil para introducir la distinción que Gramsci hereda entre “sociedad política”, que designaría aquella estructura explícita de coacción asociable a las instancias estatales, y “sociedad civil”, término que reserva para todo aspecto social vinculado con lo que podríamos considerar a primera vista al margen de las estructuras de poder³⁴. Gramsci viene a poner el acento en que es esta segunda esfera, que abarca la educación, la religión y la cultura en general, la que garantiza la formación efectiva de un Estado completo y cohesionado. Por tanto, la dicotomía entre político y civil se diluye y el Estado desborda su significación inicial como mera esfera político-coactiva y pasa a constituir una realidad orgánica que ocupa también “lo privado”. Sin la hegemonía intelectual, afirma, un grupo social fracasa a la hora de consolidarse como dirigente de una nación.

En el plano histórico, está responsabilizando a los intelectuales italianos del siglo XVI (o más bien, a su ausencia) de la decadencia de su país tras el despuntar que vivió durante el Renacimiento: no hay clase dominante real porque no hay intelectuales que la hagan consciente de sí. Existe, pero es solo una existencia “en sí”, y por tanto limitada a los vaivenes de su realidad y de allende sus fronteras debido a la ausencia de un proyecto claro y de la capacidad de reproducirse.

Por tanto, estos intelectuales no son considerables como clase en sí, independiente de las demás, sino como un grupo ligado a los intereses de una clase determinada. Así, cada clase crea a sus propios intelectuales. ¿Cómo? De nuevo hemos de remitirnos al marxismo de Gramsci: a través de la economía. Los intelectuales son los técnicos de la producción, la parte por tanto dirigente del proceso económico. De forma complementaria y dialéctica a este rol, los intelectuales delimitan y proyectan una autoimagen social y política de la clase que económicamente ostenta el poder. Dicha consciencia de sí no sirve solo para legitimarse desde un punto de vista ético-ideológico sino que también juega un rol performativo en tanto en

33 Íbidem Pp. 272-273.

34 Recordemos que la noción de “sociedad civil” tiene su origen en Hegel. Para una exposición sobre cómo y en qué circunstancias es adoptada esa categoría por Marx primero y Gramsci después, véase HERNÁNDEZ ARTEAGA, L. 1993. Notas sobre la concepción de sociedad civil en Hegel y Gramsci. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 38(51). ISSN-e 0185-1918. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5141797>

cuanto homogeneiza y en cierto sentido constituye la propia clase³⁵. En otra ocasión le vemos ahondar en esta idea, también al respecto del Renacimiento:

“De todos modos, en la concepción política del Renacimiento la religión era el consentimiento y la Iglesia era la sociedad civil, el aparato de hegemonía del grupo dirigente, el cual no tenía un aparato suyo propio, o sea, no tenía una organización cultural e intelectual, sino que sentía como tal la organización eclesiástica del universo. No han salido aún de la Edad Media sino por el hecho de concebir y analizar abiertamente la religión como *instrumentum regni*.”³⁶

En ambos fragmentos vemos aparecer otra idea principal en el pensamiento político de Gramsci: cada formación histórica se encuentra en su camino hacia la total hegemonía con los intelectuales de la formación precedente. Estos son los *intelectuales tradicionales*, con los que se produce una tensión entre lo viejo y lo nuevo. El nuevo sistema en formación lucha por crearse sus cuadros dirigentes y a la vez, por asimilar y coaligarse con los anteriores. Y cuanto mejor se produzca esa asimilación, más asentado estará el dominio de la clase hegemónica y mayor será su capacidad de forjar su propia intelectualidad³⁷. Así, el fracaso de la Italia renacentista es deudor de no saber superar a la intelectualidad católica de cuño medieval con un sentir cosmopolita y ajeno al marco nacional.

En su época, en Italia, se produce la contradicción entre el intelectual moderno urbano y el tradicional humanista -en muchos casos clérigo-, de extracción agraria y tradición abstencionista. El capitalismo, por tanto, forma intelectuales con un elevado componente de especificidad técnica, ligados al mundo de la industria y las finanzas. Son los llamados “intelectuales orgánicos” del capitalismo, los que lo administran y cohesionan como sistema, los que dirigen la producción y la sociedad. Los otros, los que tienen su base de adhesión en el campo itálico, vendrían a equivaler a lo que fueron los eclesiásticos durante el Renacimiento: un resto de la anterior estructura económica, ligada a la tierra, que el mundo capitalista pugna por integrar.

Ahora bien, entrando en la propia definición del término, si el intelectual es ante todo un

35 Esta idea, de capital importancia en los desarrollos ulteriores del pensamiento gramsciano, aparece referida ya en GRUPPI, Luciano. *El concepto de hegemonía en Gramsci*, México DF: Ediciones de Cultura Popular, 1978, pág. 109

36 GRAMSCI, A. *Antología*. Manuel Sacristán sel., trad. y notas. México DF: Siglo Veintiuno, 1978. Pág. 287

37 Véase GRUPPI, Luciano. *El concepto de hegemonía en Gramsci*, México DF: Ediciones de Cultura Popular, 1978, pág. 110

gestor, un dirigente; ¿se necesita una formación humanista especial para poder serlo? Está claro que no. Gramsci se aparta aquí de la visión de Marx que incidía en la división del trabajo manual e intelectual bajo la sociedad capitalista para ampliar el concepto de intelectual a cualquiera que desempeñe un rol de dirigencia social, aunque sea a un bajo nivel. Intelectual es el que difunde y gestiona la hegemonía, bien de la clase dominante o de la clase subalterna pugnando por dejar de serlo³⁸.

En síntesis, vemos en Gramsci dos giros claves respecto al pensamiento de Marx tal y como había sido asumido hasta entonces: la preferencia del “momento superestructural” frente al “estructural”, esto es, la oposición al economicismo; y, dentro de aquel, la preferencia del consenso frente a la coacción, esto es, la oposición a la dictadura³⁹.

Y así entramos en otra piedra de toque de la filosofía gramsciana: ¿cómo puede emanciparse la clase dominada del dominio al que se ve sujeta, dadas las circunstancias analizadas?

2.2. ¿QUÉ HACER? EL PRÍNCIPE MODERNO Y LA GUERRA DE POSICIONES

Gramsci es, no lo olvidemos, un comunista. Así que no se limita a analizar las dinámicas de poder ligadas a la historia de su país, sino que cree que hay que usar ese conocimiento para transformarlo y aspirar a la abolición de las clases sociales a través del poder organizado del proletariado. Con este fin, entiende que hay que forjar una alianza social para desplazar a las clases dominantes. Ya en 1920 Gramsci va a apuntar en esa dirección en un artículo publicado en *L'Ordine Nuovo*:

“Agotada y desgastada la burguesía como clase dirigente al agotarse el capitalismo como modo de producción y de cambio, y no existiendo en la clase campesina una fuerza política homogénea capaz de crear un Estado, la clase obrera está ineluctablemente llamada por la historia a asumir la responsabilidad de clase dirigente.”⁴⁰

Esta idea, la del proletariado como clase dirigente de la transformación social ante el desgaste

38 Ídem

39 BOBBIO, N. *Estudios de Historia de la Filosofía: de Hobbes a Gramsci*. Madrid: Debate, 1985. Pág. 357

40 GRAMSCI, A. *Antología*. Manuel Sacristán sel., trad. y notas. México DF: Siglo Veintiuno, 1978. Pág. 113

del capitalismo, es clásicamente marxista. Vamos a detenernos, sin embargo, en el matiz que Gramsci aporta a esta cuestión. Veamos a continuación un fragmento de otoño de 1926 [la cursiva es nuestra]:

“El proletariado puede convertirse en *clase dirigente y dominante* en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora, lo cual quiere decir en Italia, dadas las reales relaciones de clase existentes en Italia, en la medida en que consigue *obtener el consenso* de las amplias masas campesinas.”⁴¹

Por tanto, el proletariado tiene la complicada misión de convertirse en clase “dirigente y dominante”, lo que implica asumir los dos pináculos del poder que hemos visto aparecer en el pensamiento de nuestro autor: consenso y coacción. La conquista proletaria de los resortes de la hegemonía cultural y del aparato del poder. Hemos hablado ya de cómo la hegemonía de una clase constituye esencialmente la asunción de sus intereses como universales por las demás. Pero fijémonos en un detalle fundamental: Gramsci está hablando aquí del proletariado ejerciendo su hegemonía *de manera previa* a la conquista del poder político. La clase obrera primero sería “dirigente” y solo después “dominante”. Volvemos a encontrar esta idea en otro texto de los *Cuadernos* a propósito de las pugnas intergeneracionales [la cursiva es nuestra]:

“La generación «vieja» cumple siempre con la educación de los «jóvenes»; habrá conflicto, discordia, etc., pero se trata de fenómenos superficiales, inherentes a toda obra educativa y de contención, a menos que se trate de interferencias de clase, es decir, que los «jóvenes» (o una parte sustancial de ellos) de la clase dirigente (*entendida en el sentido más amplio, no solo económico, sino también políticomoral*) se rebelen y pasen a la clase progresiva, *que se ha hecho históricamente capaz de tomar el poder*; [...]”⁴²

Así pues, la clase obrera debe construirse como clase dirigente antes que dominante entendiendo como tal “hacerse históricamente capaz de tomar el poder”. Que es como decir,

41 Ídem. Pág. 192.

42 Íbidem, Pág. 274.

insistimos, lograr el triunfo de su hegemonía. ¿Sobre quién? Como se ha visto, Gramsci piensa que en su realidad concreta el proletariado debe hacerse dirigente sobre otros sectores subalternos como los campesinos del Mezzogiorno, aunque no solo, como ya había precisado en otoño de 1926 [la cursiva es nuestra]:

“Para ser capaz de gobernar como clase, el proletariado tiene que despojarse de todo residuo corporativo, de todo prejuicio o incrustación sindicalista. ¿Qué significa eso? Que no solo hay que superar las distinciones que existen entre las diversas profesiones, sino que, para *conquistar la confianza y el consenso de los campesinos y de algunas categorías semiproletarias de las ciudades*, hay que superar también algunos prejuicios y vencer ciertos egoísmos que pueden subsistir y subsisten en la clase obrera como tal, aunque en su seno hayan desaparecido ya los particularismos profesionales. *El metalúrgico, el carpintero, el albañil, etc., tienen que pensar no ya solo como proletarios, y no como metalúrgico, carpintero, albañil, etc., sino que tienen que dar un paso más: tienen que pensar como obreros miembros de una clase que tiende a dirigir a los campesinos y a los intelectuales*, como miembros de una clase que puede vencer y *puede construir el socialismo solo si está ayudada y seguida por la gran mayoría de esos estratos sociales*. Si no se obtiene eso, el proletariado no llega a ser clase dirigente, y esos estratos, que en Italia representan la mayoría de la población, se quedan bajo dirección burguesa y dan al Estado la posibilidad de resistir al ímpetu proletario y de debilitarlo.”⁴³

El proletariado, así pues, debe actuar como centro de un pueblo, de un país, que comprende obreros, campesinos, y más importante aún: “intelectuales”. Y es que para forjar esa dirigencia proletaria, se necesita el elemento fundamental que Gramsci nos ha señalado como creador y difusor de la hegemonía: los intelectuales. Lo mismo que el capitalismo ha creado a los intelectuales orgánicos que le sirven y administran, que han contribuido a la autoimagen de la burguesía como clase dominante y han proyectado su visión del mundo como universal, la clase obrera debe tener sus propios intelectuales, sus dirigentes, que pasen a ser artífices de una nueva imagen del mundo con la que, tal y como se hizo en el tránsito de la Edad Media a la Modernidad, persuadan a los intelectuales del bloque histórico existente de pasar a su

43 Íbidem, Pág. 193.

campo. Hay aquí un claro recuerdo del Marx que Gramsci está intentando restaurar y salvar de los vicios economicistas, que en el *Manifiesto* afirmaba con Engels [la cursiva es nuestra]:

“Finalmente, en los períodos en los que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan patente que una pequeña fracción de esta clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el futuro Y así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente *ese sector de los ideólogos burgueses* que se han elevado hasta la comprensión teórica del movimiento histórico en su conjunto.”⁴⁴

No obstante, en ese “se han elevado hasta la comprensión teórica”, vemos en el texto marxiano una afirmación implícita de superioridad intelectual de este estrato social que se une a la lucha proletaria porque ha accedido al conocimiento de la verdad, ya sea su decisión posterior de “deserción” ética u oportunista. Nótese la contraposición con la idea gramsciana de una “seducción” a través de la organización como clase, donde no asigna a los intelectuales una visión preclara sino un rol dirigente.

Aquí, para determinar la forma concreta que debe tomar esta iniciativa en pos de la conquista del poder por parte de la clase obrera, Gramsci mira una vez más a la historia de su nación y a Maquiavelo, que formuló su teoría del poder en torno a un “príncipe” como figura de autoridad y encarnación del poder organizado. Así, despunta en Gramsci la idea de un “príncipe moderno” cuya misión es la conquista de la hegemonía y del poder. ¿Qué príncipe? Leamos los *Cuadernos* [la cursiva es nuestra]:

“Si hubiera que traducir a un lenguaje político moderno la noción de «príncipe», tal como funciona en el libro de Maquiavelo, habría que hacer una serie de distinciones: «príncipe» podría ser un jefe de Estado, un jefe de gobierno, pero también un jefe político que quiera conquistar un Estado o fundar un nuevo tipo de Estado; *en este sentido «príncipe» podría traducirse a la lengua moderna por «partido político»*. En la realidad de algún Estado, el «jefe del Estado», o sea, el

44 MARX, K. Y ENGELS, F. *Manifiesto del Partido Comunista*, en Marx. Jacobo Muñoz intr y sel. Madrid: Gredos, 2012. Pp. 325-326

elemento equilibrador de los diversos intereses en lucha contra el interés que prevalece, pero que no es exclusivo en un sentido absoluto, es precisamente el «partido político»; pero, a diferencia de lo que ocurre en el derecho constitucional tradicional, el partido político no reina ni gobierna jurídicamente: tiene «poder de hecho», ejerce la *función hegemónica y, por tanto, equilibradora de intereses diversos* en la «sociedad civil», la cual, empero, está tan entrelazada de hecho con la sociedad política que todos los ciudadanos sienten que en realidad reina y gobierna.”⁴⁵

Es decir, el partido puede funcionar como un árbitro de la sociedad, que es como decir como soberano, como Corona en la concepción propia del Antiguo Régimen. Puede ejercer la función “hegemónica y, por tanto, equilibradora de intereses diversos en la sociedad civil”: resulta, pues, que la hegemonía tiene un componente esencial de presentarse como instancia superior a las partes, de configurarse como sentido común, como tablero de juego. El partido, en tanto que difusor de hegemonía, es también un intelectual colectivo, que a su vez forma intelectuales a través de su teoría y práctica. Se puede citar como ejemplo:

“Formulado el principio de que existen dirigidos y dirigentes, gobernantes y gobernados, es innegable que “los partidos” son, hasta ahora, el modo más adecuado para formar los dirigentes y la capacidad de dirección (los “partidos” pueden presentarse bajo los nombres más diversos, incluso bajo el de antipartido y de “negación de los partidos”; en realidad, incluso los llamados “individualistas” son hombres de partido; lo único que ocurre es que quisieran ser “jefes de partido” por la gracia de Dios o por la imbecilidad de sus seguidores.”⁴⁶

De forma análoga a lo que sucede con el concepto de Estado, la idea de partido en Gramsci trasciende su realidad formal para designar una idea más amplia. Siguiéndola, es fácil percatarse de que, por ejemplo, la Iglesia Católica o los medios de comunicación podrían encajar en ella, en tanto que maquinarias productoras de cuadros intelectuales dirigentes e irradiadoras de hegemonía. Ya hemos visto como Gramsci considera a la cosmovisión católica propia del Medievo el pensamiento hegemónico de aquel tiempo, y respecto a los medios de comunicación también encontramos una clara referencia explícita a su rol como “partidos

45 GRAMSCI, A. *Antología*. Manuel Sacristán sel., trad. y notas. México DF: Siglo Veintiuno, 1978. Pág. 304

46 GRAMSCI, A. *La política y el Estado moderno*. Diario Público, 2009. Pág 97

políticos” [la cursiva es nuestra]:

“¿Es necesaria la acción política (en sentido estricto) para que se pueda hablar de “partido político”? Puede observarse que en el mundo moderno, en muchos países, los partidos políticos orgánicos y fundamentales, por necesidades de la lucha o por otra causa, se han dividido en fracciones, cada una de las cuales toma el nombre de “partido” e incluso de partido independiente. Por esto, el Estado Mayor intelectual del partido orgánico no pertenece, a menudo, a ninguna de estas fracciones sino que opera como si fuese una fuerza dirigente que se sostiene por sí misma, *superior a los partidos* y a veces considerada como tal por el público. Esta función se puede estudiar con más precisión si se parte del punto de vista de que un periódico (o un grupo de periódicos), una revista (o un grupo de revistas), también son “partidos” o “fracciones de partido” o “función de un partido determinado”. Piénsese en la función de *The Times* en Inglaterra, en la que tuvo *Il Corriere della Sera* en Italia y también en la función de la llamada “prensa de información”, pretendidamente “apolítica”, e incluso en la de la prensa deportiva y técnica.”⁴⁷

Por tanto, la estructura que concentra el “Estado Mayor” de los intelectuales, la herramienta dirigente de la sociedad, pueden ser los periódicos ante la fragmentación de los partidos políticos. Lo que no hay que entender como una especie de derrota o salida forzada de la arena política, sino como todo lo contrario: la consolidación de un órgano productor de hegemonía percibido “por encima” de los partidos, y por tanto más fuertemente arraigado en el sentido común, es precisamente la forma más acabada de esa idea de “Corona” o “Príncipe” maquiavélico. Se trata de demostrar la importancia que tiene para Gramsci el aparecer como “imparcial”, como parte de la realidad misma, como límite de lo posible: ya sea un Príncipe, un partido, o los medios de comunicación su poder reside en buena medida en esa difundida conciencia de superioridad de su existencia sobre las divisiones, las opiniones y los intereses dispares. Hay aquí un cierto eco del “mito” soreliano como discurso y empresa que coaliga lo que está disperso en base a su potencia agregadora.

¿Cómo debe actuar el proletariado, con su partido, para la conquista del poder político? Se ha dicho ya que conquistando la hegemonía. Esto se clarifica cuando leemos:

47 Ídem, Pp. 100-101.

“Una parte importante de la actuación del Príncipe moderno deberá dedicarse a la cuestión de la reforma intelectual y moral, es decir, a la cuestión religiosa o de una concepción del mundo. [...] El Príncipe moderno debe ser obligatoriamente el pregonero y el organizador de una reforma intelectual y moral, lo cual significa que debe crear el terreno para un ulterior desarrollo de la voluntad colectiva nacional popular hacia una forma superior y total de civilización moderna.”⁴⁸

Léase: el Partido debe conquistar la concepción del mundo para universalizar su mensaje ya que esto “crea el terreno” para la organización de una sociedad comunista. En cuanto a la esperada primacía de los aspectos económicos, poco después le vemos aclarar:

“¿Puede existir una reforma cultural, es decir, una elevación de los estratos hundidos de la sociedad, sin una previa reforma económica y un cambio en la posición social y en el mundo económico? Por esto una reforma intelectual y moral tiene que ir ligada forzosamente a un programa de reforma económica; más aún: el programa de reforma económica es, precisamente, el modo concreto en que se presenta toda reforma intelectual y moral.”⁴⁹

En verdad este texto merece ser leído con atención y analizado. Vemos como la economía sigue ahí como un aspecto ineludible de la construcción social, pero, aparte de insistir en la interdependencia entre la teórica “estructura” y su “sobreestructura”, vemos a Gramsci girar ambos papeles en cierto sentido: la economía es el aspecto concreto que toma la ideología. La forma en la que la reforma “intelectual y moral”, esto es, político-ideológica, se materializa. Por lo que el papel de “cimiento social” de la economía como piedra angular de la subsistencia y el modo de relacionarse de los seres humanos, sin desaparecer, se invierte desde el esquematismo de la ortodoxia para decir justo lo contrario: que, dado que es la concreción de las transformaciones sociales, no tiene por qué ser su inicio si no que puede ser su final.

Sobre la forma concreta de disputar y conquistar hegemonía y poder coactivo, en los *Cuadernos* leemos a Gramsci recelar de los planteamientos de Trotsky, “el cual puede considerarse, de un modo u otro, como el teórico político del ataque frontal en un periodo en

48 Íbidem, Pp. 82-83

49 Íbidem, Pág. 83

el cual ese ataque solo es causa de derrotas”⁵⁰, según sus propias palabras. Trazando un paralelismo con el cambio en las tácticas militares de la guerra de movimiento hacia la guerra de posiciones, Gramsci establece:

“La cuestión de la guerra de posiciones y de la guerra de movimientos, con la cuestión del arditismo, en cuanto vinculado a la ciencia política: concepto del 48 de la guerra de movimientos en política y precisamente el de la revolución permanente: la guerra de posiciones, en política, es el concepto de hegemonía, que sólo puede nacer después del advenimiento de ciertas premisas, a saber las grandes organizaciones populares de tipo moderno, que representan como las “trincheras” y las fortificaciones permanentes de la guerra de posiciones.”⁵¹

A este respecto, es fundamental lo que se dice en un famoso texto de los *Cuadernos* en el que se traza la diferencia entre Oriente (asociado a Rusia o China) y Occidente en cuanto a las posibilidades de acción política [la cursiva es nuestra]:

“Me parece que Ilici⁵², por el contrario, había comprendido que era necesario pasar de la guerra de movimiento, victoriosamente aplicada en Oriente el año 17, a la guerra de posición o de trinchera, que era la única posible en Occidente, tierra en la cual, como observa Krasnov, los ejércitos podían acumular en poco espacio y tiempo interminables cantidades de municiones, y los cuadros sociales eran todavía y por sí mismos capaces de convertirse en trincheras pertrechadísimas. [...] En Oriente, el Estado lo era todo, la sociedad civil era primaria y gelatinosa; en Occidente, en cambio, había una correlación eficaz entre el Estado y la sociedad civil, y en el temblor del Estado podía de todos modos verse en seguida una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado era solo una trinchera avanzada, detrás de la cual se encontraba una robusta cadena de fortalezas y fortines; con diferencias entre los Estados, naturalmente, pero eso era precisamente lo que requería un cuidadoso reconocimiento de carácter nacional.”⁵³

50 GRAMSCI, A. *Antología*. Manuel Sacristán sel., trad. y notas. México DF: Siglo Veintiuno, 1978. Pág. 283

51 GRAMSCI, A. *Cuadernos de la cárcel. Compilación*. Buenos Aires: Cátedra de M. Thwaites Rey. Pág. 17

52 Se refiere a Lenin (Vladimir Ilich)

53 GRAMSCI, A. *Antología*. Manuel Sacristán sel., trad. y notas. México DF: Siglo Veintiuno, 1978. Pág. 284.

Y es así como emerge en Gramsci su dimensión cautivadora para la corriente del llamado “marxismo occidental”, como analizaremos en el siguiente apartado. Al establecer que en Occidente la única acción posible era la “guerra de posiciones”, Gramsci decía de modo bastante explícito que el intento de imitar lo sucedido en Rusia en 1917 estaba destinado al fracaso. Por contra, las condiciones histórico-políticas de la Europa Occidental convertían en esencial esa disputa por las posiciones, que es como decir por la hegemonía, restringiendo el movimiento -los golpes de mano, las insurrecciones- a momentos muy puntuales. Así desarrolla su famosa distinción en la táctica política entre guerra de posición y guerra de maniobra:

“La guerra de posición requiere sacrificios enormes y masas inmensas de población; por eso hace falta en ella una inaudita concentración de la hegemonía y, por tanto, una forma de gobierno más «interventista», que tome más abiertamente la ofensiva contra los grupos de oposición y organice permanentemente la «imposibilidad» de disgregación interna, con controles de todas clases, políticos, administrativos, etc., consolidación de las «posiciones» hegemónicas del grupo dominante, etc. Todo eso indica que se ha entrado en una fase culminante de la situación políticohistórica, porque en la política la «guerra de posición», una vez conseguida la victoria en ella, es definitivamente decisiva. O sea: en la política se tiene guerra de movimiento mientras se trata de conquistar posiciones no decisivas y, por tanto, no se movilizan todos los recursos de la hegemonía del Estado; pero cuando, por una u otra razón, esas posiciones han perdido todo valor y solo importan las posiciones decisivas, entonces se pasa a la guerra de cerco, comprimida, difícil, en la cual se requieren cualidades excepcionales de paciencia y espíritu de invención. En la política, el cerco es recíproco, a pesar de todas las apariencias, y el mero hecho de que el dominante tenga que sacar a relucir todos sus recursos prueba el cálculo que ha hecho acerca del adversario.”⁵⁴

Para entender esta distinción hay que incidir en que para desplegar la acción política Gramsci es siempre partidario de tomar como referencia la nación, tal y como hace con sus análisis de clase. Esto escribe a propósito de los debates en Rusia entre Trotski -partidario de una

54 Ídem. Pág. 292.

revolución permanente en constante internacionalización- y Stalin:

“Que los conceptos no nacionales (o sea no referibles a cada país en particular) están equivocados se ve por su absurdo: ellos han conducido a la pasividad y a la inercia en dos fases bien distintas: en la primera fase, nadie creía tener que comenzar, o sea pensaba que comenzando se había hallado aislado; en la espera de que todos juntos se moviesen, por lo pronto nadie se movía ni organizaba el movimiento; la segunda fase es seguramente peor, porque se espera una fama de "napoleonismo" anacrónico y antinatural (porque no todas las fases históricas se repiten de la misma forma). Las debilidades teóricas de esta forma moderna del viejo mecanicismo están disfrazadas por la teoría general de la revolución permanente, que no es más que una previsión genérica presentada como dogma y que se destruye por sí sola, por el hecho de que no se manifiesta efectivamente.”⁵⁵

3. GRAMSCI DESPUÉS DE GRAMSCI: LEGADO Y ACTUALIDAD

“Pero, si también la filosofía de la praxis es una expresión de las contradicciones históricas, más aún, es su expresión más completa por ser consciente, eso significa que la filosofía de la praxis está, con todo, vinculada a la “necesidad” y no a la “libertad”, que no existe y no puede existir todavía históricamente. Así, pues, si se demuestra que las contradicciones desaparecerán, se demuestra implícitamente que desaparecerá, esto es que será superada, también la filosofía de la praxis [...]”

(GRAMSCI⁵⁶)

3.1. MARXISMO OCCIDENTAL Y EUROCOMUNISMO (1945-1979)

Una parte fundamental del eco de Gramsci es su condición de pensador marxista de corte “occidental”. En realidad, existen grosso modo dos formas de leerle: una, como tal marxista

⁵⁵ Íbidem, Pág. 352

⁵⁶ GRAMSCI, A. *Introducción al estudio de la filosofía*. Barcelona: Crítica, 1985. Pág. 180

occidental, y otra como un pensador específicamente italiano hijo de las contradicciones nacionales de su país⁵⁷. En el primer sentido, que es el que aquí nos ocupa, se le ha llegado a considerar el marxista occidental por antonomasia, el fundador de esta rama de pensamiento crítico. Vendría a situarle como el inaugurador de ese pensamiento marxista más cultural que económico, que tendría entre sus principales exponentes a los miembros de la Escuela de Frankfurt. El marxismo occidental floreció en Europa sobre todo tras la II Guerra Mundial, pues a la derrota del nazismo y el fascismo le siguió un pacto social entre el capital y el trabajo que consolidó el Estado del Bienestar en Europa Occidental, estabilizando con ello el capitalismo. Esto, combinado con el desencanto que produjo en buena parte de la izquierda la deriva dictatorial del llamado “socialismo realmente existente” tras la desestalinización liderada por Jruchev, empujó a la formulación de nuevos planteamientos que, partiendo de la crítica marxista al capitalismo, se alejaban de la idea leninista del partido de vanguardia y del objetivo de la construcción del comunismo a través de la simbiosis entre el partido único y la economía planificada. Autores paradigmáticos de esta corriente son Lukács y Korsch, que ya habían publicado obras en la década de los 20, pero también Althusser, Sartre o los citados filósofos de la Escuela de Frankfurt entre los que se podrían destacar Habermas, Fromm, Adorno y Horkheimer. Lo que tenían en común todos estos herederos del pensamiento marxista, más allá de sus diferencias, era su énfasis en las cuestiones no económicas y, por lo general, su defensa de un modelo de socialismo distinto al de la URSS para Europa Occidental. El marxismo occidental es un conjunto muy amplio y heterogéneo, pero sirva como ejemplo de la influencia y parentesco de Gramsci sobre y con esta corriente el trabajo de Althusser, que en 1970 publicaba *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. En esta obra hablaba de los mecanismos que el poder burgués empleaba para obtener el consenso social y apuntaba directamente al autor sardo como fuente de inspiración:

“En realidad, los clásicos del marxismo, en su práctica política, han tratado al Estado como una realidad más compleja que la definición dada en la "teoría marxista del Estado" y que la definición más completa que acabamos de dar. Ellos reconocieron esta complejidad en su práctica, pero no la expresaron correspondientemente en teoría. [Gramsci es, por lo que sabemos, el único que

57 La dicotomía entre ambas interpretaciones está recogida en ANDERSON, Perry. *Las antinomias de Antonio Gramsci*. Barcelona: Fontamara, 1981. (Consultado en <http://www.anticapitalistas.org/IMG/pdf/Anderson-LasAntinomiasDeAntonioGramsci.pdf>). En HOBBSAWM, Eric. *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona: Crítica, 2011, pp. 320-323 se opta por la segunda; mientras que en SCHECTER, Darrow, *La historia de la izquierda desde Marx hasta nuestros días*, Madrid: Tecnos, 2014, pág. 66 se defiende la primera.

siguió el camino tomado por nosotros. Tuvo esta idea "singular" de que el Estado no se reduce a aparato (represivo) del Estado, sino que comprende, como él decía, cierto número de instituciones de la "sociedad civil": la Iglesia, las escuelas, los sindicatos, etc. Gramsci, lamentablemente, no sistematizó sus intuiciones, que quedaron en el estado de notas agudas, aunque parciales.]"⁵⁸

En cuanto a la traducción política de esta nueva configuración social y filosófica fue pionero precisamente el PCI, que reivindicó a Gramsci como piedra de toque de una nueva estrategia más autónoma respecto a la URSS particularmente a partir de 1956, liderado por Togliatti.⁵⁹ Tras la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia en 1968, que coincidió con la fuerte agitación estudiantil del mayo francés y la Revolución Cultural en China, que tenía un telón de fondo antiburocrático; la ruptura con la URSS y su experiencia se extendió como la pólvora saltando del ámbito académico al político y difundiéndose, en base al modelo italiano, el llamado "eurocomunismo". Esta línea política, adoptada por los partidos comunistas francés y español, incidía en la autonomía de su actividad respecto a Moscú y en la aceptación de la consolidada democracia parlamentaria como vía para superar el capitalismo. Con esto, se acercaba a planteamientos históricamente asociados a la socialdemocracia. A nivel discursivo y organizativo, la tesis eurocomunista se basaba fundamentalmente, partiendo de las reflexiones gramscianas sobre la conquista del consenso, en dos pilares: la conversión del partido en una entidad nacional y en un partido de nuevo tipo, abierto a las masas. En la génesis italiana de este nuevo enfoque hay que tener en cuenta la experiencia de la lucha antifascista, que revalorizó la idea de parlamentarismo y democracia como algo más que una mera apuesta táctica.⁶⁰ A pesar de que el eurocomunismo nunca fue seriamente sintetizado en un cuerpo teórico, el secretario general del PCE de aquel entonces, Santiago Carrillo, publicó en 1977 su trabajo *Eurocomunismo y Estado*, en el que apuntaba:

"Que las estructuras del actual Estado del capital monopolista se hallan en profunda quiebra, lo muestra, en primer lugar, la crisis de lo que en términos

58 ALTHUSSER, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, 1970. (Consultado en: <https://www.marxists.org/espanol/althusser/1970/iv.htm>)

59 Para la recepción de Gramsci en las décadas de los 50, 60 y 70 véase HOBBSBAWM, Eric. *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona: Crítica, 2011, pp. 319-320 y 339-348.

60 Véase GARCÍA SANTESMASES, A., *Marxismo y Estado*, Madrid : Centro de Estudios Constitucionales, 1986. Pág. 154

marxistas se denomina *los aparatos ideológicos del Estado*. Y conviene no olvidar el papel *esencial* de los *aparatos ideológicos*. Cuando estos entran en crisis, esta misma crisis afecta también al aparato coercitivo estatal que ve quebrantadas las razones sobre las que se asienta la imperturbable y disciplinada obediencia y la fidelidad a los fines que se le dictan desde el poder.

[...]

La estrategia de las revoluciones de hoy, en los países capitalistas desarrollados, tiene que orientarse a dar la vuelta a esos aparatos ideológicos, a transformarlos y utilizarlos -no totalmente, en parte- contra el poder del Estado del capital monopolista. La experiencia moderna muestra que eso es posible. Y que ahí está la clave -salvo en el caso de una catástrofe bélica o económico-política, difícil de imaginar hoy en los países desarrollados- para transformar el aparato del Estado por una vía democrática.”⁶¹

Es difícil leerlo sin recordar los planteamientos gramscianos sobre la importancia de la hegemonía, de su primacía sobre la coacción y de la necesidad previa de su conquista para construir el socialismo. En la década de los años 70, el eurocomunismo y en general las vías “no soviéticas” hacia el comunismo, ya fueran más reformistas o más libertarias que el marxismo-leninismo clásico, ocuparon la centralidad del debate. Este momento, que como hemos apuntado puede considerarse inaugurado a grandes rasgos por el doble estímulo de lo sucedido en Praga y París en 1968, coincidió con y alimentó acontecimientos históricos como la victoria de la Unidad Popular de Salvador Allende en Chile en 1971, la Revolución de los Claveles de Portugal en 1974, las elecciones generales de Italia de 1976 en las que el PCI de Enrico Berlinguer obtuvo su máximo histórico (34,4% de los votos a cuatro puntos de la Democracia Cristiana, primera fuerza) y la legalización del PCE -históricamente líder de la oposición antifranquista- en 1977, en el marco de la Transición española. En esta época la bibliografía de Gramsci -primera edición completa de los *Cuadernos de la cárcel* (1975)⁶²- y sobre Gramsci -baste echar un vistazo a la que hemos empleado en este trabajo- se multiplica dentro y fuera de Italia, convirtiéndolo en un autor de referencia para la(s) nueva(s) izquierda(s).

Y es que a la hora de buscar una nueva formulación del comunismo y la izquierda transformadora que fuese compatible con la realidad de las sociedades occidentales de la

61 CARRILLO, S. *Eurocomunismo y Estado*. Barcelona: Crítica, 1977. Pp. 35-36

62 HOBBSBAWM, Eric. *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona: Crítica, 2011, pág. 320

segunda mitad del siglo XX, cada vez más determinadas por el consumo y la asunción de la democracia entendida como consentimiento libre y voluntario como valores esenciales, los textos de Gramsci aportaban elementos muy interesantes. Así, por ejemplo, hemos observado cómo su lectura de la necesidad de la conquista de la hegemonía como paso previo al acceso al poder político maridaba con la aspiración eurocomunista de ganar unas elecciones pluripartidistas; pero también en la misma medida agrietaba la legitimidad y viabilidad del poder soviético, que tras la difusión del llamado Discurso Secreto de Jruchev sobre la represión estalinista y episodios como el de la Primavera de Praga aparecía a los ojos occidentales como una suerte de Leviatán sustentado únicamente en la coacción⁶³. Así mismo, sus apuntes sobre los medios de comunicación como agentes clave para asentar el orden establecido en países con sufragio universal ganaron actualidad conforme los medios de comunicación de masas se extendían y se difundía la televisión. También encajaba la reivindicación gramsciana de la seducción de los intelectuales y su rol clave a la hora de crear hegemonía en una sociedad donde se habían formado amplias clases medias cuya adhesión a la izquierda no partía tanto de una existencia material en condiciones proletarias como de, precisamente, una exploración intelectual de los textos marxistas. Además, hemos visto cómo Gramsci enfatizó siempre el campo nacional como marco de la acción transformadora y trazó diferencias entre las posibilidades “orientales” y “occidentales”, lo que incidía en el afán de los partidos comunistas y otros movimientos emergentes de distanciarse de Rusia para entroncar con su propia historia.

Frente a la asunción de Gramsci como base intelectual de la táctica eurocomunista y, en cierto modo, como fuente de legitimidad de la misma, el historiador británico Perry Anderson escribió su famoso *Las antinomias de Antonio Gramsci*, donde intentaba plantear el pensamiento “original” del italiano en contraposición al uso que se le estaba dando.⁶⁴

3.2. POSMARXISMO Y POPULISMO (1979-Actualidad)

La crisis del petróleo de 1973, sin embargo, sirvió de inicio para el derrumbe del paradigma económico keynesiano que había dominado la sociedad desde la posguerra mundial. La llegada de Thatcher al gobierno británico en 1979 y la de Reagan a la presidencia de Estados

63 El papel decisivo de las intervenciones militares del Pacto de Varsovia en el divorcio de la izquierda occidental con la URSS aparece por ejemplo en SCHECTER, Darrow, *La historia de la izquierda desde Marx hasta nuestros días*, Madrid: Tecnos, 2014. Pp. 81-82

64 Véase ANDERSON, Perry. *Las antinomias de Antonio Gramsci*. Barcelona: Fontamara, 1981. (Consultado en <http://www.anticapitalistas.org/IMG/pdf/Anderson-LasAntinomiasDeAntonioGramsci.pdf>)

Unidos en 1981 abrió espacio para una nueva concepción de la sociedad y las relaciones económicas: el neoliberalismo. El simultáneo colapso de la Unión Soviética (1989-1991) trajo un mundo geopolíticamente hegemonizado por Estados Unidos, económicamente guiado por los principios neoliberales y culturalmente instalado en la llamada “posmodernidad”, que cuestionaba la validez de los grandes relatos como el comunismo o las religiones para explicar la historia. Con este quiebre, la izquierda comunista del siglo XX sufrió una profunda crisis y una pérdida de peso social significativo. El terremoto afectó por igual al marxismo-leninismo ortodoxo de Moscú, que se desintegró con sus estructuras históricas, y al eurocomunismo: el mismo PCI desapareció para convertirse en un partido socialdemócrata. Es en este contexto en el que aparece el “posmarxismo”, que enfatiza la falta de distinción entre infraestructura y superestructura y entiende la contradicción capital-trabajo como una opresión más en una sociedad altamente compleja. El posmarxismo, aunque sumamente plural debido a su naturaleza, impugna incluso la noción misma de clase social, entendiendo que el sujeto político revolucionario se puede construir a través del discurso. La obra que en cierto sentido inicia el posmarxismo es *Hegemonía y estrategia socialista* (1985), del argentino Ernesto Laclau y la francesa Chantal Mouffe. En esta obra, en la que se hace un repaso de la genealogía de la noción de hegemonía, Laclau y Mouffe dicen a propósito de la concepción gramsciana de la misma:

“Lo que hay en Gramsci de radicalmente nuevo es una ampliación, mayor que en cualquier otro teórico de su tiempo, del terreno atribuido a la recomposición política y a la hegemonía, a la vez que una teorización de la naturaleza del vínculo hegemónico que va claramente más allá de la categoría leninista de «alianza de clases». Las categorías gramscianas resultaban crecientemente aplicables en la medida en que las condiciones de la lucha política, tanto en los países industriales avanzados como en los de la periferia del mundo capitalista, se alejaban cada vez más de las imaginadas por el etapismo ortodoxo; pero esto significa que la relevancia del gramscismo ha de buscarse al nivel de la teoría general del marxismo y no en su dependencia de contextos históricos o geográficos determinados.”⁶⁵

Vemos pues cómo el replanteamiento radical del paradigma socialista realizado por Laclau y

65 LACLAU, E. y MOUFFE, C. *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo XXI, 1987. Pág. 76

Mouffe, que empuja en la dirección performativa del discurso y de la acción política sobre cualquier condicionante, ve en Gramsci a alguien que antecede y apunta sus planteamientos debido a sus ideas sobre la hegemonía y el bloque histórico. Paradójicamente, Gramsci se salva de la quema intelectual del paradigma al que pertenecía, si bien es necesario reflejar aquí las puntualizaciones que en el prólogo a la primera edición española de su libro van a introducir Laclau y Mouffe en 1987:

“Esto no es todo, sin embargo. Según argüimos en el texto, el pensamiento de Gramsci es sólo un momento transicional en la deconstrucción del paradigma político esencialista del marxismo clásico. Porque para Gramsci, el núcleo de toda articulación hegemónica continúa siendo una clase social fundamental. Es aquí justamente donde la realidad de las sociedades industriales avanzadas —o postindustriales— nos obliga a ir más allá de Gramsci y a deconstruir la noción misma de «clase social». Y esto porque la noción tradicional de «clase» suponía la unidad de las posiciones de sujeto de los diversos agentes; en tanto que en las condiciones del capitalismo maduro, dicha unidad es siempre precaria y sometida a un constante proceso de rearticulación hegemónica. Este es el punto en el que, en nuestro texto, intentamos ligar la problemática teórica de la crítica al esencialismo y a la concepción del sujeto unitario y fundante, con el conjunto de problemas vinculados a la emergencia de nuevos antagonismos y a la transformación de la política en el mundo contemporáneo.”⁶⁶

De forma análoga a lo que sucedió con el marxismo occidental, el posmarxismo tuvo una azarosa y poliédrica traducción política. Quizá la primera experiencia en ese sentido fue la insurgencia zapatista en Chiapas (1994) y las actuaciones del movimiento antiglobalización, que hablaban de cambiar el mundo sin tomar el poder -y por tanto, implícitamente, confiaban su éxito a lo que el marxismo consideraría “sobreestructural” (valores, ideas)-. Pero en lo que respecta a una organización políticamente poderosa que marca la agenda de la izquierda hasta hoy de forma parecida a como el eurocomunismo lo hizo en la década de los 70, sin duda ha sido el fenómeno del populismo (en su variante de izquierda) su forma más clara. Esta praxis política, centrada en la construcción discursiva de un “pueblo” frente a unas “élites” para intentar responder a la globalización neoliberal, fue formulada por el propio Laclau en 2005

66 Ídem, pp. VIII-IX

en su libro *La razón populista*. Para entonces, sin embargo, había habido ya una praxis que había tenido como pioneros y principales exponentes a los movimientos englobados en Latinoamérica bajo la difusa etiqueta de “socialismo del siglo XXI”. Destacan aquí los gobiernos de Hugo Chávez en Venezuela, en el poder desde 1999, y el de Evo Morales en Bolivia que ganaría las elecciones el mismo 2005. Dos años después llegaría al poder Rafael Correa en Ecuador. Estas experiencias han sido variadas y distintas entre sí, teniendo como denominador común ese discurso aglutinante de un “pueblo” frente a la “oligarquía”, una reclamación de soberanía nacional, dar pasos en pos de la integración regional de Latinoamérica y liderazgos carismáticos para ejercer de portadores del discurso. No obstante lo difícil de aprehender como objeto académico, si hay que encontrar un sistematizador teórico de este populismo latinoamericano, posiblemente la mejor opción es analizar el trabajo de Álvaro García Linera, vicepresidente de Bolivia. En su obra *Socialismo comunitario*, Linera establece:

“Somos demasiado débiles como para darnos el lujo de peleas de capilla y de pequeños feudos, distanciándonos del resto, hay que asumir una lógica nuevamente gramsciana, articular, unificar y promover; hay que tomar el poder del Estado, hay que luchar por el Estado, pero nunca olvidemos que el Estado, más que una máquina, es una relación; más que materia, es idea; el Estado es fundamentalmente idea y un pedazo es materia, es materia como relaciones sociales, como fuerzas, presiones, presupuestos, acuerdos, reglamentos, leyes, pero es fundamentalmente idea como creencia de un orden común, de un sentido de comunidad.”⁶⁷

Vemos aquí ese peso decisivo y “fundamental” de la idea, del sentimiento, de la “creencia”, que termina de dar la vuelta a Marx para constituirse como lo “esencial” (asumiendo lo problemático de este concepto para el posmarxismo). Gramsci quizá no había llegado tan lejos, pero ciertamente había insinuado un camino en esa dirección al incidir en la interdependencia estructura-sobreestructura. Sobre la acción concreta que se deriva de esta concepción, nos llama la atención lo que hace Linera para introducir un matiz sobre la noción de hegemonía que busca emparentar la praxis del socialismo del siglo XXI con lo que en algún sentido fue la del XX:

67 GARCÍA LINERA, A. *Socialismo comunitario: un horizonte de época*. La Paz: Vicepresidencia del Estado, 2015. Pág. 26

“Y es que una correlación de fuerzas no deviene en otra sin una modificación de la fuerza en sentido estricto; por eso el cambio de dirección y de posición de la correlación de fuerzas requiere un “punto de bifurcación” o un cambio en las propias fuerzas que se confrontan. Por eso, la inclinación leninista por una “guerra de movimientos” (como la definía Gramsci), no es una particularidad de las revoluciones en “oriente” con una débil sociedad civil, sino una necesidad común frente a cualquier Estado del mundo, que en el fondo no es más que una condensación de correlación de fuerzas entre las clases sociales. La estrategia revolucionaria radica en saber en qué momento del proceso se aplica la “guerra de movimientos” y en qué otro la “guerra de posiciones”; el punto es que una no puede existir sin la otra.”⁶⁸

Linera parece así enmendar a Gramsci, pero solo es aparente: en realidad, creemos que está polemizando con sus interpretaciones más reformistas. En Gramsci no había una exclusión del “punto de bifurcación” referido por Linera; había una constatación de que en las sociedades occidentales, dado el contexto, solo se podía emplear la guerra de posiciones. Sin embargo la guerra de posiciones no tiene por qué ser eterna, y puede modificarse a guerra de maniobra según el contexto en que se encuentre.

Más allá de las fronteras de América Latina, el posmarxismo configurado políticamente como populismo de izquierda ha cobrado actualidad tras la crisis financiera de 2008, que ha provocado transformaciones en los sistemas políticos de Europa y Estados Unidos. En esta línea se han movido de forma más o menos clara fenómenos como Syriza en Grecia, Bernie Sanders en Estados Unidos o Jean-Luc Melenchon en Francia, pero quizá la más clara experiencia en tal sentido -por cuanto inicialmente supuso una ruptura incluso orgánica con la izquierda clásica- ha sido el partido político español Podemos. Las referencias a la inspiración gramsciana de su estrategia y táctica han sido frecuentes por sus rostros públicos. Su principal ideólogo, Íñigo Errejón, tiene evidentes influencias intelectuales del posmarxismo iniciado por Laclau y Mouffe. En un libro de conversaciones con esta última, titulado precisamente *Construir pueblo*, Errejón apuntaba:

“Pensemos en los bloques populares de la descolonización, en China, en la propia

68 Ídem, pág. 62

Rusia o en las sociedades abigarradas y con importante peso de lo indígena en Latinoamérica; o incluso en la obsesión de Gramsci con la llamada “cuestión meridional”: siempre está la necesidad de construir una unidad que no está dada, ni en la economía ni en la sociedad. Nunca es desvelar, es articular lo diferente y fraguar una voluntad colectiva.”⁶⁹

Se entiende, pues, que el populismo enunciado por Errejón y practicado por Podemos no parte de una idea marxista que persiga la conciencia de clase, sino que busca la conciencia a secas. El pueblo se construye a través del discurso, no viene dado, no existe en sí sino solo para sí. La hegemonía, por tanto, no solo ordenaría y organizaría la realidad, sino que en cierto sentido la crearía en la medida en que sería la base del sujeto social o político más que al revés. Gramsci tiene aquí un eco, pero solo se puede apreciar si entendemos que reverbera en las paredes de Laclau. Es en este sentido en el que se entiende la afirmación de Fernández Liria de que “sin duda, el pensamiento político actualmente de izquierdas, en la medida (relativa) en que todavía conecta con el marxismo, lo hace a través de la figura de Gramsci.”⁷⁰ Pero el uso de Gramsci por parte de esta nueva hornada de izquierda (o pos-izquierda) política ha recibido la crítica de ser una apropiación indebida que le priva de su autenticidad, por cuanto abandona, como hemos leído, incluso la noción misma de “clase social” como categoría existente de forma previa a la acción política. En un artículo publicado en el diario español *El País*, Ramón Machuca decía con contundencia: “Interpretar a Gramsci desde un prejuicio posmoderno, posfactual y con intención populista supone desconsiderar los supuestos ilustrados de la propuesta gramsciana de *aggiornamento* del marxismo y distorsiona el alcance de sus categorías provocando un maltrato de sus ideas hasta hacerlas irreconocibles.”⁷¹ Incluso el secretario general de Podemos, Pablo Iglesias, ha llegado a afirmar [la cursiva es nuestra]:

“Me puse en serio con Gramsci mientras preparaba mi tesis doctoral gracias a Manolo Monereo que me llevó de librerías por Roma y me descubrió a Valentino Gerratana y su edición crítica de los *Cuadernos de la cárcel*. Después *Hegemonía*

69 ERREJÓN, I. y MOUFFE, C. *Construir pueblo*. Barcelona: Icaria, 2015. Pág. 12

70 FERNÁNDEZ LIRIA, Carlos. *El marxismo hoy. La herencia de Gramsci y Althusser*. Batiscafo, 2015. Pág. 79

71 Véase VARGAS-MACHUCA, Ramón en *El País*. 27 de abril de 2017. *El Gramsci de todos*. Consultado en: http://elpais.com/elpais/2017/04/26/opinion/1493216043_062565.html

y estrategia socialista de Laclau y Mouffe también me influyeron, sobre todo por la pasión intelectual que Laclau despertó en Errejón y que fue determinante en nuestros diálogos a partir de 2007. Con todo, pienso que tiene algo de razón Perry Anderson cuando denuncia con ironía los frecuentes secuestros intelectuales que se hacen de Don Antonio. *Gramsci ha inspirado seguramente mucho más de lo que él hubiera querido inspirar.*”⁷²

Frente a este tipo de críticas, Mouffe y Errejón contestan en conversación con una visión poco menos que antitética:

“M: [...] Respecto de Gramsci tengo que reconocer que el uso que hacemos de sus ideas en *Hegemonía* es un poco heterodoxo. Por ejemplo, recuperamos su idea de “guerra de posición”, la lucha en el interior de las instituciones, pero Gramsci pensaba que eso era la preparación para la “guerra de movimiento”, el momento de la ruptura revolucionaria. Y eso lo dejamos de lado. [...] Otro ejemplo es que Gramsci dice que el núcleo central de una hegemonía tiene que ser siempre una clase fundamental, eso fue algo que abandonamos. Honestamente yo no creo que al hacer eso seamos infieles a Gramsci. Yo estoy convencida de que si Gramsci hubiera vivido en nuestra época, él hubiera llegado a una concepción similar a la nuestra.

E: Habría llegado, es indemostrable pero yo también lo he pensado muchas veces.”⁷³

CONCLUSIONES

Recapitulando, podemos terminar nuestra investigación concluyendo, a modo de síntesis, una serie de ideas fundamentales.

En primer lugar, que Antonio Gramsci fue un hombre de su tiempo y con un pensamiento circunscrito a los paradigmas y circunstancias que le rodearon. Fue sardo, italiano, europeo y

⁷² Véase MANETTO, Francisco. Entrevista a Pablo Iglesias en *El País*. 10 de diciembre de 2015. *Las lecturas de los candidatos*. Consultado en:

http://cultura.elpais.com/cultura/2015/12/04/babelia/1449254582_923051.html

⁷³ ERREJÓN, I. y MOUFFE, C. *Construir pueblo*. Barcelona: Icaria, 2015. Pp. 32-33

comunista en una época (1914-1937, aproximadamente) atravesada por condiciones muy concretas.

En segundo lugar, que lo esencial y distintivo de los planteamientos de Antonio Gramsci radica en la importancia concedida al momento ético-político: a la primacía dada a la política por contraposición a la economía, a la que la ve unida orgánicamente pero no subalternizada; y dentro de la política, a la vital importancia de la hegemonía como consenso frente a las formas coactivas de poder. Importancia que se destacaría en Occidente y su contexto frente a las experiencias políticas del Oriente.

En tercer lugar, que sus fuentes intelectuales y el resultado de su elaboración se asomaban más allá del marxismo. Se puede decir que “desde” el marxismo sus raíces se hundían hasta Maquiavelo y la historia italiana; sus ideas bebían de “alrededor”, de Croce o Sorel, y con el paso del tiempo ha parecido también que se proyectaban hacia el futuro, hacia la recomposición de la izquierda en torno al valor de lo político y de la performatividad del discurso y la praxis.

En cuarto y último lugar, que la supervivencia y vigencia de su pensamiento es posible en gran medida debido al hincapié que el propio pensamiento gramsciano hace en la historicidad de las ideas humanas. Al hacerlo, se liberaba del peso de encarnar “la verdad”, flexibilizando sus aportaciones a los vaivenes del tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

ALTHUSSER, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, 1970.
(Consultado en: <https://www.marxists.org/espanol/althusser/1970/iv.htm>)

ANDERSON, Perry. *Las antinomias de Antonio Gramsci*. Barcelona: Fontamara, 1981. Consultado en:
<http://www.anticapitalistas.org/IMG/pdf/Anderson-LasAntinomiasDeAntonioGramsci.pdf>

BOBBIO, Norberto. *Estudios de Historia de la Filosofía: de Hobbes a*

Gramsci. Madrid: Debate, 1985

CARRILLO, Santiago. *Eurocomunismo y Estado*. Barcelona: Crítica, 1977.

ENGELS, Friedrich. *Discurso ante la tumba de Marx*, 1883. (Consultado en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/83-tumba.htm>).

ERREJÓN, Íñigo. y MOUFFE, Chantal. *Construir pueblo*. Barcelona: Icaria, 2015.

FERNÁNDEZ LIRIA, Carlos. *El marxismo hoy. La herencia de Gramsci y Althusser*. Batiscafo, 2015

GARCÍA LINERA, Álvaro. *Socialismo comunitario: un horizonte de época*. La Paz: Vicepresidencia del Estado, 2015.

GARCÍA SANTESMASES, A., *Marxismo y Estado*, Madrid : Centro de Estudios Constitucionales, 1986

GRAMSCI, Antonio. *Antología*. Manuel Sacristán sel., trad. y notas. 4ª ed, México DF: Siglo Veintiuno, 1978

GRAMSCI, Antonio. *Cuadernos de la cárcel. Compilación*. Buenos Aires: Cátedra de M. Thwaites Rey.

GRAMSCI, Antonio. *Cuadernos de la Cárcel (I-IV)*. Valentino Gerratana, ed. 2ª Ed. México D.F.: Ediciones Era, 1999

GRAMSCI, Antonio. *Introducción al estudio de la filosofía*. Barcelona: Crítica,

1985

GRAMSCI, Antonio. *La política y el Estado moderno*. Diario Público, 2009

GRISONI, Dominique y MAGGIORI, Robert. *Leer a Gramsci*, Madrid: ZERO, 1974

GRUPPI, Luciano. *El concepto de hegemonía en Gramsci*, México DF: Ediciones de Cultura Popular, 1978

HERNÁNDEZ ARTEAGA, L. 1993. Notas sobre la concepción de sociedad civil en Hegel y Gramsci. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, **38**(51). ISSN-e 0185-1918. Disponible en:
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5141797>

HOBSBAWM, Eric. *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona: Crítica, 2011

LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal. *Hegemony and socialist strategy*. 2ª Ed Londres: Verso, 2001

LACLAU, Ernesto. y MOUFFE, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo XXI, 1987.

LASO PRIETO, José María. *Introducción al pensamiento de Gramsci*. Gustavo Bueno intr., Madrid: Ayuso, 1973

MACCIOCCHI, Maria Antonietta. *Gramsci y la revolución de Occidente*. Madrid: Siglo XXI de España, 1976.

MANETTO, Francisco. Entrevista a Pablo Iglesias en *El País*. 10 de diciembre de 2015. *Las lecturas de los candidatos*. Consultado en:
http://cultura.elpais.com/cultura/2015/12/04/babelia/1449254582_923051.html

MARX, K. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Fundación Federico Engels, 2003.

MARX, K. *Marx*. Jacobo Muñoz intr y sel. Madrid: Gredos, 2012.

MONDOLFO, R. *Marx y marxismo*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1969

PIÑÓN, F. 1992. El pensamiento filosófico-político de Antonio Labriola (una herencia para Gramsci). *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, **37**(150). ISSN: 0185-1918

SACRISTÁN, Manuel, *El Orden y el Tiempo*, Madrid: Trotta, 1998

SCHECTER, Darrow, *La historia de la izquierda desde Marx hasta nuestros días*, Madrid: Tecnos, 2014

TEXIER, Jacques. *Gramsci*. Barcelona: Grijalbo, 1976

VARGAS-MACHUCA, Ramón en *El País*. 27 de abril de 2017. *El Gramsci de todos*. Consultado en:
http://elpais.com/elpais/2017/04/26/opinion/1493216043_062565.html